



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 25. — Madrid 5 de Marzo de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 *

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 *

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

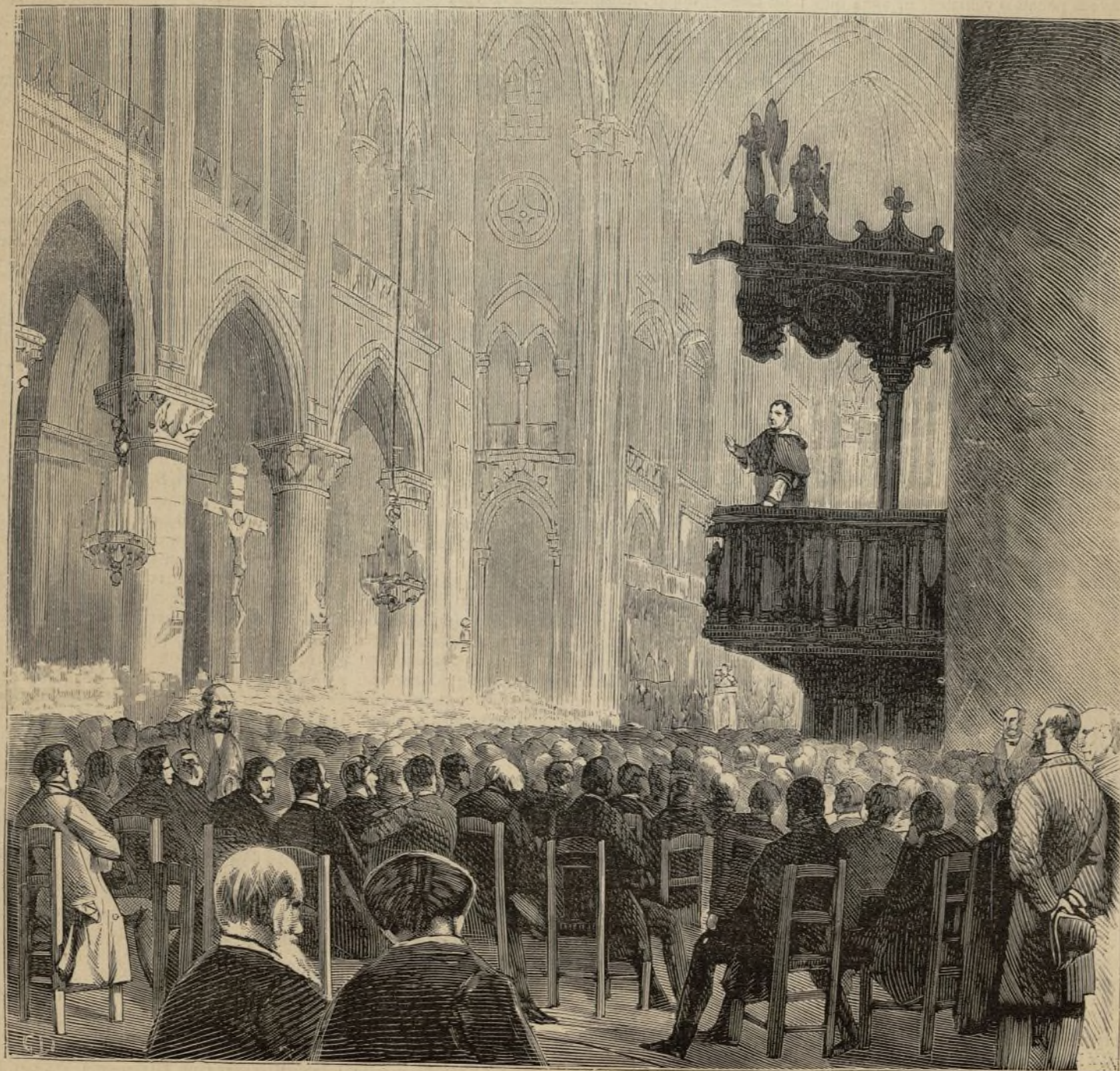
EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 *

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 *

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



CONFERENCIAS DEL RDO. P. MONSABRÉ EN NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, DURANTE LA PRESENTE CUARESMA.

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTOS.—Revista, por Nulema.—Crónica, por D. Isern.—Inscripciones romanas inéditas de Vascos y de Valdeverdeja, por el P. Fidel Fita.—Del estudio del cuerpo humano ¿se deduce la existencia del alma? por el Dr. Manuel de Uribarri.—La Mano Negra, por Blas.—Los santuarios de Galilea, por F., religioso de Tierra Santa.—El médico de su honra, por Martínez Parra.—El mundo cristiano y la pluralidad de mundos habitados, por el Dr. Marco de Colomer.—Los Grabados.—El mártir de un secreto, por Raúl de Navey.—Revista de conocimientos útiles.—Jeroglífico.—Suelto.—Anuncios.

GRABADOS.—Conferencias del P. Monzabrí en Nuestra Señora de París, durante la presente Cuaresma.—Excmo. é Ilmo. Fr. Ceferino González, electo arzobispo de Sevilla.—Costumbres nacionales: El mercado de Bilbao.—Costumbres populares: Una escuela rural en el pórtico de una iglesia.

REVISTA



El ingenioso y festivo autor que con el pseudónimo de Blas comienza hoy a colaborar en LA ILUSTRACIÓN, ha tratado a maravilla el asunto que hoy embarga la atención pública: *La Mano Negra*.

La cual hace tiempo que viene sacando las uñas en España, y aunque hasta ahora pertenecía a la clase bien conocida de las manos sucias, se conoce que a fuerza de uso y de manejar negocios poco limpios, ha llegado a ennegrecerse con el matiz propio de los tizones del infierno.

El Gobierno ha puesto mano en el asunto, y según se dice, extremará sus rigores con los dedos de esa mano criminal; pero las aguas del Estado moderno ¿serán bastante limpias para poder lavar la inmundicia de esa mano negra?

Creemos que no: el tizne que la ennegrece sólo se desprende al contacto de un agua muy limpia. ¿Dónde está ese agua? Ese agua es la que lava al hombre que nace de la mancha original; el agua que lava después sus pecados veniales; el agua que purifica sus restos mortales; el agua de salud que brota del manantial de la Iglesia católica.

**

Según los datos que nos suministra un periódico, resulta que hay en Madrid 101 cafés y 1.703 tabernas. Es posible que las cifras se queden cortas.

En cambio no llegan a 500 las escuelas o centros de instrucción, y si de éstas se descartan los malos centros donde se enseñan malas doctrinas, es posible que se queden reducidos a poco más de 200.

¿Y cuántas iglesias? Incluyendo los oratorios públicos, hemos contado 64.

Estas cifras son harto elocuentes para demostrar los elementos de desarrollo que aquí tiene *La Mano Negra* y todas las manos negras que vaya sacando la Revolución, verdadera lapa que se agarra con sus innumerables brazos al cuerpo social, para ahogarle y alimentarse luego con sus restos mortales.

Cerca de 2.000 cafés suponen cada noche más de 100.000 hogares abandonados por esposos y padres de familia, que prefieren la atmósfera emponzoñada del café a la dulce paz de la vida doméstica.

En estos 100.000 hogares, abandonados por sus jefes y legítimos custodios, ¿cuántas miserias morales y materiales no se desarrollarán, como en un jardín abandonado se desarrollan las hierbas y malezas que ahogan y arrebatan su jugo a las flores?

La vida moderna ha organizado así la sociedad, y arrastrados por la mano del demonio iremos dando tumbos hasta columbrar la luz de la vida futura.

**

El día 25 de Febrero pasado celebró sesión pública la Real Academia Española para dar posesión de su plaza al Sr. Balaguer. Este hombre público, que en medio de sus extravíos políticos tiene un fondo de religiosidad que alimenta su imaginación poética, dando cierto carácter simpático a sus obras literarias, leyó un discurso muy erudito y muy discreto acerca de la importancia que tienen las literaturas regionales y especialmente la catalana, las cuales, unidas a la castellana, forman el rico tesoro de la patria española; «para la cual emprende el astur la reconquista, para la cual canta Camöens en castellano, para la cual pelea el catalán en los riscos del Bruch y en los inmortales muros de Girona, para la cual resiste el navarro en Roncesvalles, para la cual el extremeño Hernán-Cortés va a conquistar la Nueva España y el vasco Elcano da la vuelta al mundo.»

Contestó al trovador catalán el trovador alicantino, el orador de las grandes síntesis históricas, de las grandes antítesis filosóficas, de los deslumbradores párrafos poéticos, el Sr. Castelar, en una palabra, siempre el mismo, por la extraña razón de que siempre está variando.

En la Academia Española, que es una corporación esencialmente aristocrática, como que representa la nobleza literaria; que es esencialmente conserva-

dora como encargada de conservar la pureza del idioma; que es esencialmente católica, como que invoca para sus tareas habituales el auxilio del Espíritu Santo, el Sr. Castelar debía mostrarse conservador y religioso, para obtener los aplausos del escogido auditorio. Y en efecto, a vueltas de cien síntesis deslumbradoras, y de mil lucubraciones fantásticas, se dejó caer con el siguiente párrafo, que en efecto, alcanzó aplausos:

«Si en vuestras peregrinaciones poéticas, habeis penetrado dentro de aquel cenobio de Monserrat, al anochecer, entre los últimos resplandores del crepúsculo y los primeros resplandores de las lámparas; cuando la crestería del templo y sus torres se confunden a una, entre las dudosas sombras, con la crestería del monte y sus pirámides; cuando baja de lo alto la campanada de la oración al valle, donde suena la última esquila del ganado y el último resuello de la fábrica; cuando se avivan y encienden a un mismo tiempo las resinosas teas en las majadas y las primeras estrellas en la tarde; bajo las bóvedas, al pie de los altares, vuestra voz ha unido sus acentos a la Salve, que se diría entonada por las voces del alma y por las del abismo; vuestros labios han dicho la letanía, que allí dicen los coros del Monasterio y los bosques del desfiladero; y habeis anotado en vuestras poesías el Te-Deum eterno de las ideas y de las cosas; y habeis subido a la cima donde la ciencia y la religión se identifican, pues las capas de aire, incoloras aquí, forman allá, en la inmensidad, el azul de los cielos; y la onda, en las profundidades oceánicas amarga, se torna dulce al evaporarse hacia lo infinito; y lo que abajo es miseria luciérnaga, oculta bajo una hoja, es arriba sol que ilumina tierras de tierras y seres de seres, y las tristes contradicciones del entendimiento suben a síntesis y armonías en la razón: que así como la pavesa de nuestro hogar, indispensable a la vida diaria, no podría, no, arder sin el oxígeno esparcido en la universalidad de la creación; no podría, no, existir este derecho nuestro tan preciado, estas facultades nuestras tan altas, esta libertad nuestra tan querida, sin el aliento de Dios y el amparo de su adorable providencia.»

El Sr. Castelar no altera en este punto su procedimiento artístico; cuando habla ante público ilustrado, y quiere interesarle con galas verdaderamente poéticas, apela a los cuadros de la religión; hace sonar las campanas de los templos, muestra el tibio fulgor de las lámparas, el altar cubierto de flores, la nave llena de incienso, la bóveda repitiendo las armonías del órgano, y la plegaria de los fieles subiendo al cielo, mientras baja a la tierra la bendición de Dios.

Lo cual viene a confirmar el principio de Maury, en su *Essai sur l'éloquence*. La verdadera belleza, la belleza ideal de todas las artes liberales, no se encuentra sino en la alta esfera del culto, de la lengua, de las ideas, de los sentimientos y de las imágenes de la Religión.

**

El lunes de la semana pasada se ha celebrado en el teatro Real, a beneficio de los inundados de Verona en Italia, una función extraordinaria, en que se ha ejecutado la gran *Misa*, ó como si dijéramos *La Misa Mayor* del maestro Verdi.

¡Vean ustedes qué mezcla de cosas! una *Misa* en el teatro, una profanación en obsequio de la caridad, una *Misa* y no una ópera en atención al Santo tiempo de Cuaresma, una solemnidad litúrgica, una función teatral, una profanación, una limosna, un homenaje a la cuaresma... ¿quién puede aclarar este embrollo, en que andan revueltas las cosas más santas con las más profanas, los buenos sentimientos, al menos en la apariencia, con los más absurdos y censurables?

Imagínense ustedes — porque así pasan las cosas — una señora de la buena sociedad, escotada hasta donde exige... la moda, elegante, con la cabeza descubierta y radiante de joyas, sentada en su gran palco, rodeada de admiradores, y gracias que sean platónicos, hablando de las liviandades de una, de las vanidades de otra, y de los defectos de todas, pues esa señora está oyendo una *Misa*.

¿Qué, no? pues oigan Vds. las alabanzas del *Gloria*, las afirmaciones dogmáticas del *Credo* y las invocaciones eucarísticas del *Agnus Dei*. Ya sabemos que allí no se celebra el incruento sacrificio; pero se representa, se cantan sus oraciones, se despiertan en el alma los sentimientos que aquel inspira, se celebra, en una palabra, una solemnidad litúrgica.

Y esto que repugna así dicho, consignado en este frío papel, no choca allí a nadie, ni repugna, y eso que aquí se cuenta y allí se hace; al contrario, atendido el objeto benéfico se considera santo y muy bueno, como encaminado a socorrer a pobres infortunados. Los concurrentes a la fiesta podrán decir sin faltar a la verdad. «No quiero dejar de ir

hoy a la misa que se canta por las víctimas de la inundación de Verona.»

¡Tal es el estado de confusión en que vivimos, y la subversión completa de las ideas y de los sentimientos humanos!

**

Otra iglesia menos en el interior de Madrid.

La de Nuestra Señora de Loreto, situada en la calle de Atocha, esquina a la de Matute, es hoy un montón de ruinas. El patrimonio de la Corona, en vista del estado ruinoso en que se hallaban el templo y el Colegio, ha dispuesto su demolición, con el propósito de levantar un nuevo edificio en las afueras, que reemplace al que se está derribando.

El Patrimonio sigue en este punto la práctica que está en uso; derribar los templos antiguos, cuyos solares pueden venderse a gran precio, para edificar en las afueras, donde el terreno es más barato.

Los templos se hallan en las condiciones de los Cementerios, de los hospitales y de los pobres; se los va echando fuera de las ciudades. No queremos cerca de nuestras casas ni el triste ciprés que nos señale como con el dedo el destino de nuestras almas, ni las ventanas por donde salen los ayes de los pobres enfermos, recuerdo vivo de nuestras miserias, ni la habitación del pobre, acusación constante de nuestros desórdenes y despilfarros, ni las campanas de la iglesia que nos llame a la oración, turbando a veces la alegría de nuestras fiestas babilónicas.

Siguiendo la tendencia que hoy priva, dentro de cincuenta años las afueras de las poblaciones serán el albergue de los pobres, de los enfermos, de las almas piadosas, agrupadas a la sombra de los templos proscritos, y de los sepulcros colocados como cordón sanitario de los campos en torno de las ciudades entregadas a todas las concupiscencias.

Pero la obra de la Revolución no se consumará porque lleva en sí misma el germen de su destrucción. La Revolución ha puesto mano en la sociedad; pero ha puesto *La Mano Negra*.

NULEMA.

CRÓNICA



Así como en las noches de tempestad se vuelve instintivamente la vista al foco de que parten los rayos eléctricos, en el estado actual de Europa es imposible discurrir sobre política extranjera sin volver la vista a Francia y singularmente a París.

De París salen, en efecto, rayos de luz vivísima que por un momento alumbran la inmensa oscuridad del horizonte, y que bastarían a disipar las tinieblas que oscurecen no pocas inteligencias, si por ventura no estuviesen ciegas por los prejuicios unas, por la pasión de partido otras, por el odio de secta no pocas.

¿Qué acaba de ocurrir últimamente en Francia? Los príncipes de la casa de Orleans han querido desde hace mucho tiempo, y lo que es más triste, quieren quizás todavía, servir a la República sin romper abiertamente con la monarquía. Mientras el Conde de París sostiene excelentes relaciones con el ilustre Sr. Conde de Chambord, el duque de Aumale, y el de Chartres, y el de Ponthievre sirven en el ejército de la República con desinterés y con lealtad, si hemos de creer sus declaraciones.

Diríase que estos príncipes, que viven como siempre en la vacilación dando continuas pruebas de debilidad, se esfuerzan en no aparecer como pretendientes, en no crear una sola dificultad a la República.

Pero esto no les ha servido, ni les sirve de nada. Acordaron los sectarios de la Cámara de diputados que los duques de Aumale, de Chartres y de Ponthievre debían ser expulsados del ejército. El Senado se opuso a ello en nombre de los principios de justicia. Y los sectarios se han burlado del Senado llevando a cabo por un simple decreto lo que no habían podido realizar por medio de una ley.

Europa se ha escandalizado; las conciencias rectas han protestado; la prensa republicana moderada de París ha puesto el grito en el cielo; pero los sectarios no han hecho caso de estas censuras, de estas protestas, de estos gritos que han calificado de farisaicos, y en un mismo día han hecho cumplir en París y en Rouen, donde residían los príncipes, su voluntad soberana.

Los jacobinos del pasado siglo pagaron a un Orleans sus servicios a la revolución con la guillotina; los jacobinos de ahora pagan a los duques de Aumale, de Chartres y de Ponthievre con su expulsión de las filas del ejército sus complacencias, cada vez más censurables, con la República.

Si los príncipes de Orleans no saben aprovechar las lecciones que les ha dado la Providencia, es que

están ciegos. Sabido es que no pocas veces ciega el cielo á los que quiere perder.

Su pérdida para los intereses permanentes de la sociedad será tanto más lamentable, cuanto que son los Orleans los sucesores legítimos del ilustre conde de Chambord, reconocidos como tales por todos los legitimistas franceses.

No cabe dudar de que una cosa mala puede producir accidentalmente alguno ó algunos bienes. Así la conducta de los príncipes de Orleans, con no tener nada que la haga recomendable, ha despertado en el ejército francés un movimiento de protesta en algunos, de disgusto en los más contra la República.

El duque de Aumale, que se hallaba de cuartel en París, fué visitado por muchos militares de todas las graduaciones, tan pronto como la revolución le hubo inscrito en el número de sus perseguidos.

En Rouen mandaba el duque de Chartres un regimiento de cazadores. Al despedirse de sus oficiales les prohibió que le acompañaran á la estación del ferrocarril, como habían declarado que iban á hacerlo. Los oficiales cumplieron la postrera orden de su coronel. Pero marcharon á caballo á la estación de Oisseul, distante doce kilómetros, y al pasar el tren despidieron militarmente al que hasta entonces había sido su jefe.

Todos los cuerpos de guarnición en Rouen estuvieron representados en esta manifestación tan espontánea como expresiva.

Los oficiales compañeros del duque de Ponthievre, joven capitán de una compañía del regimiento de artillería núm. 12, quisieron despedirle con un banquete, que fué prohibido por el ministro de la Guerra, general Thibaudin.

Y adviértase que no son estas, ni muchísimo menos, las únicas protestas del ejército francés contra el decreto dictado al gobierno por los sectarios de la Cámara, si bien es preciso reconocer que han sido las que mayor resonancia han tenido.

No olviden los príncipes de Orleans que su primer deber en estos turbados momentos es procurar la restauración del orden cristiano en su patria, y que esta restauración sólo puede lograrse, humanamente hablando, con la unión de todos los elementos que reconocen en el conde de Chambord al representante único de la causa de la legitimidad y del derecho.

Hay algo todavía más odioso que las persecuciones y exigencias con que los ministros volterianos de los Césares del pasado siglo afligían constantemente á la Iglesia, y este algo es sin duda ninguna las torpes y desatentadas medidas tomadas por los que, apellidando á todas horas libertad y respeto á todas las creencias, no respetan la libertad ni las creencias de los Pastores de la Iglesia y de los fieles.

En uso de su indiscutible autoridad condenó con gran justicia la Santa Sede un manual de instrucción cívica de M. Paul Bert, en el que se enseña que Francia vivió en la barbarie hasta que brilló en el horizonte la aurora de la revolución francesa, y que los Obispos de la Edad Media sañan, en los casos de necesidad, que eran muchos, á robar, armados de todas armas, á los viajeros que calan en la tentación de viajar sin una gruesa escolta de criados provistos de toda suerte de armamento.

Los dislates de la obra de M. Paul Bert en la parte moral son todavía más monstruosos que los del orden histórico.

Algunos Obispos franceses, á la vista de los males que origina en la enseñanza este perniciosísimo libro de texto, promulgaron en sus diócesis el decreto de la Santa Sede. M. Paul Bert montó en cólera, y pidió nada menos que se procesara á los indicados Prelados por haber publicado dicho decreto sin autorización especial del gobierno.

Los ministros dieron gusto á M. Paul Bert y entregaron á los tribunales de justicia todos los Obispos que habían publicado el decreto. Eran estos cuatro ó cinco á lo más.

Hoy lo han publicado más de cuarenta y todos ellos se hallan procesados, y algunos en vísperas de ser sentenciados y condenados quizás á no leve pena. Puede resueltamente afirmarse que en vista de la actitud adoptada por el poder ejecutivo, no quedará en breve un solo Obispo en Francia que no publique la disposición de la Santa Sede, que en realidad esta vez no ha hecho otra cosa que poner el sello de su indiscutible autoridad á un fallo pronunciado ya por todas las personas de sano é imparcial juicio.

¿Lograrán estos hechos que todos los hombres de buena voluntad comprendan el deber en que están de trabajar con esforzado ánimo por derribar de una vez esa afrenta de Francia y aun de Europa, que se llama la República?

No olviden lo que sucedió en el pasado siglo: la indiferencia de los unos, la pasiva complicidad de otros con los revolucionarios, hicieron que nada de provecho se llevara á cabo para contener el torrente devastador de las pasiones sectarias; desaparecieron los últimos diques, y se llegó á las espantosas escenas de la época del terror.

El conflicto pendiente entre Chile y la Santa Sede, que parecía haber tenido, según las últimas noticias, una solución honrosa para el Gobierno de Santiago y satisfactoria para los intereses de la Iglesia, ha estallado con más fuerza, si hemos de dar crédito á un telegrama de Nueva-Yorck que ha publicado casi toda la prensa diaria de Europa.

Se empeña el Gobierno de Chile en que la Santa Sede ha de reconocerle todas las prerrogativas de que, en materia de presentaciones para las Sedes episcopales, disfrutaban los antiguos reyes de España que dominaron aquellas regiones americanas, y aun pretende exagerar en provecho propio estas prerrogativas.

Atento el Papa al bien de las almas y al fomento de los intereses religiosos, ha transigido hasta donde ha podido con las pretensiones del Gobierno de Chile, y se ha negado á transigir en todo aquello en que no hay términos hábiles de transacción.

¿Cómo había de aceptar la Santa Sede, por ejemplo, aquellos candidatos para las Sedes episcopales vacantes que no reúnen las altísimas condiciones que exige la prescripción constante de la Iglesia? ¿Por ventura el juez en esta clase de cuestiones es el poder civil? ¿Qué prerrogativas se reservan á la autoridad eclesiástica, si se la priva del derecho de nombrar á los Pastores de las almas?

El Gobierno chileno no ha admitido dilaciones de ninguna clase. Ensoberbecido sin duda ninguna por las victorias que ha obtenido sobre los peruanos, ha creído que le sería fácil triunfar también de la Santa Sede, y ha entregado sus pasaportes al delegado del Romano Pontífice en aquella República.

El ejemplo de lo que sucede á Alemania y á Rusia no debiera ser olvidado por Gobiernos como el de Chile, que necesitan de la acción de la Iglesia para luchar con las corrientes corruptoras del espíritu moderno.

En el Landtag prusiano se ha discutido la cuestión del restablecimiento de la paz religiosa en aquel reino, con ocasión de discutirse el presupuesto general del ministerio de Cultos.

El príncipe de Bismarck no ha tomado parte en esta discusión.

Se reserva para las grandes solemnidades.

El ilustre Sr. Windthorst interpelló al Gobierno sobre su modo de ver en las cuestiones que han planteado las cartas que se han cambiado últimamente entre el emperador Guillermo y la Santidad de León XIII.

El Gobierno se ha mostrado reservado en la contestación.

Los oradores del centro han insistido, y entonces el Sr. Gossler, ministro de Cultos, ha acusado al Centro católico de ser el obstáculo más grave con que tropieza el Gobierno para entenderse con la Santa Sede y restablecer la paz religiosa.

Este ataque no podía quedar sin contestación. En efecto, el Sr. Windthorst se ha levantado á declarar una vez más que el Centro no puede ser obstáculo para el restablecimiento de la paz, toda vez que es extraño á las negociaciones que se siguen entre el Gobierno de Berlín y el Vaticano.

Añadió luego: «Tenga entendido el Gobierno, tengan entendido todos los que toman asiento en esta Cámara, que el Centro no tiene ni puede tener otra aspiración que el restablecimiento de la paz religiosa, y que lo sacrificará siempre todo á esta aspiración suprema. Pero, al pedir lo que pedimos, no entendemos que podemos alcanzar esta paz por el precio que se nos pide. Vale más vivir luchando, que morir.»

Preguntó luego al Gobierno en qué estado están las negociaciones pendientes con la Santa Sede, y el Sr. Gossler se negó á contestar, fundándose en que ninguna ley del reino le obliga á ello.

Por noticias de Roma se sabe que las negociaciones prosiguen activamente sobre la base indicada por el Papa en su última carta, es decir, bajo la base de una revisión de las leyes de Mayo, en cambio de proveer los curatos de Prusia entre un determinado número de candidatos presentados por el Gobierno.

También se ha tratado de la cuestión del indulto de los Obispos desterrados por infracciones de las leyes de Mayo, sin haberse llegado todavía á un acuerdo.

Mientras el príncipe de Bismarck disputa palmo á

palmo el terreno á la Iglesia en estas negociaciones, la revolución se ríe de las medidas por él tomadas para contenerla, y recluta verdaderos ejércitos de partidarios.

La Roma de la casa de Saboya se va pareciendo no poco á París.

Todos los centros revolucionarios de Italia envían á Roma comisiones encargadas de perfeccionar y estrechar los lazos de la gran federación republicana. De aquí que los casinos democráticos de aquella capital estén convertidos en peligrosísimos focos de propaganda, en los que se fraguan horribles planes para lo porvenir.

Hace poco tiempo se concibió en uno de estos círculos la idea de asesinar á Humberto de Saboya y aun á toda la familia real.

La policía tuvo noticia del hecho y pudo frustrar la conspiración.

Los revolucionarios siguen ahora otro camino. Quieren introducir la alarma en la ciudad, y para esto se valen de petardos. Cuatro enormes colocaron días pasados: uno en la plaza del Quirinal; otro en la de Venecia, delante de la puerta del palacio de la embajada de Austria cerca la Santa Sede, y otros dos en las inmediaciones de Montecitorio.

El disparo de estos petardos ocasionó los consiguientes sustos y corridas. Se hicieron algunas prisiones, se ha instruido la causa criminal necesaria, y el Gobierno se ha quedado completamente tranquilo y satisfecho de sí mismo.

Sólo á los gobiernos que desconocen por completo el verdadero arte de gobernar los pueblos se les puede ocurrir que puede desaparecer un efecto sin destruir la causa que lo produce.

Mientras haya centros y periódicos revolucionarios, habrá quien medite la muerte de Humberto y trate de alterar el orden público con objeto de trocar la Monarquía democrática de la casa de Saboya en República.

D. ISERN.

INSCRIPCIONES ROMANAS

INÉDITAS

DE VASCOS Y DE VALDEVERDEJA



En un valle, rodeado de pequeños cerros, sobre la margen derecha del río Tajo y en el partido judicial de Puente del Arzobispo, se halla Valdeverdeja, linda villa de 700 vecinos, que parte lindes al Occidente con el lugar de Berrocalejo de la provincia de Cáceres. Fué en tiempos esta comarca notable por su posición estratégica; mas ahora desde la guerra de la Independencia tiene cortado y no ha reparado el puente del Conde, y no conserva sino vagos recuerdos de las acciones empeñadas en torno de su glorioso castillo de Peñafior. El cual en 1568 merecía llamar la atención del rey Don Felipe II, y era descrito en estos términos:

«En un ribero á la parte de medio día junto á la ribera del río Tajo está una gran peña alta y muy fuerte, que por su nombre se llama Peñafior; y en la redonda y circuito de ella ay muchos edificios y antiguallas de cimientos de casas antiguas, y piedras labradas en las quales y algunas de ellas están unas letras esculpidas, que dicen las unas *Galerio Valerio*, y otras dicen *Julia Felicitas*.»

Lástima es que los arqueólogos no se hayan fijado mejor en tan copioso venero de antigüedades. El epígrafe de *Galerio Valerio Maximiano* indicaba tal vez la presencia de un miliario, testigo de la construcción ó reparación del puente entre los años 296 y 305 de la era cristiana; ó bien la dedicación de una estatua al emperador, en cuyo caso el nombre romano de la localidad habría hecho por ventura dar un paso más á nuestra Geografía. Del mismo sitio probablemente brotó el cipo romano inédito, que trajo á Talavera de la Reina no há muchos años el ilustrado académico D. Ramón Depret, después de haberlo recogido en las inmediaciones de Valdeverdeja. Con el cipo se halló un mojón terminal en figura de jabalí. Ambos objetos fueron cedidos á D. Luis Jimenez de la Llave, distinguido anticuario de Talavera, quien los conserva y acaba de mostrármelos en el jardín de su casa, calle de la Concha, 7. El cipo es de mármol blanco, coronado por un ático triangular y dos cilindros colaterales, donde campean las cifras sacramentales de estilo que expresan la dedicación á los Manes. El monumento, de elegante construcción, mide 39 centímetros de alto por 19 de ancho y 10 de grueso. Lo hizo labrar Aurelio Cosconiano, y lo consagró á la memoria de su difunta hermana Julia Vital,

¹ Relaciones topográficas de los pueblos de España, hechas de orden de Felipe II, t. II, art. *Berrocalejo*, fol. 730. MS. de la Real Academia de la Historia.

fallecida en la no temprana edad de sesenta y cinco años. Las letras, de forma un tanto prolongada y de carácter marcadísimo, reflejan el del siglo II.

D · M · S
i u L · VITALI
SERORI · CA
RISSIMAE
ANN · LXV · AV
RELIVS · COS
c ONI ANVS
FRATER · F · C

D(is) M(anibus) s(acrum). Jul(iae) Vitali serori carissimae, ann(or)um LXV, Aurelius Cosconianus frater f(aciendum) c(uravit).

En Cádiz otra, ó quizá la misma *Julia Vitalis* de Peñafior ó de Valdeverdeja, puso recuerdo sepulcral á su esposo *Aplusto*, cuyo nombre provino (si mal no creo) del griego Ἀπολυστός, que significa «agradable, placentero.» Para la historia de los orígenes del habla castellana curioso es además observar que el cipó escribe *serori* en vez de *sorori*. Así en castellano se han formado de los latinos *obs-curo*, *formoso*, con mudanza de *o* no acentuada en *e*, los adjetivos «escuro, feroso, hermoso.» La pronunciación, rápida y fuerte, de los idiomas célticos se ostenta aquí; ni nos causará extrañeza, si recordamos las antiguas invasiones y frecuentes colonias de celtiberos por ese lado de Extremadura. Plinio, hablando de los célticos de la Beturia, tendidos entre el Guadalquivir y el Guadiana dentro de la Bética, afirma terminantemente ¹ que bajaron de la Celtiberia derramándose de antemano en la Lusitania. El sitio de Berrocalejo era lusitano, como que es de la provincia de Cáceres y de la diócesis de Avila. Además está demostrado por las inscripciones romanas de Talavera que la frontera lusitana sobre la margen derecha del Tajo subía más arriba al oriente de esta ciudad.

No es menos digna de atención el ábula votiva, recién hallada á corto trecho de la despoblada ciudad de Vascos, en la labranza de Fuente el Apio. Su dueño D. José González, vecino de Talavera, guarda en su casa (calle de la Corredera, 10) la preciosa lápida. Mide 25 por 15 centímetros de cara y 7 de profundidad. Dice así:

S V R I S
CA · VOT
L · A · M · SO
IOVI · SO

Surisca vot(um) l(ubens) a(nimo) m(erito) so(lvit) Jovi so(lutorio).

A Júpiter libertador cumplió gustosa y merecidamente Surisca el voto que le había hecho.

Este epígrafe viene á fijar la dudosa leyenda de otro de Barcelona ², donde suena el ex-voto de una esclava libertada llamada también *Surisca*. La desinencia del nombre parece indicar un grecismo, visible en παιδίσκη (muchacha), νεανίσκος (mozuelo), κυνίσκη (perrilla). Sin embargo, los partidarios del sistema de Humboldt, que pretenden que el vasconce estuvo difundido por toda España, no admitirán de buen grado semejante origen, diciendo que de *suri* (blanco) sale, con terminación común á todos los diminutivos vascongados, *suricho* (blanquecino, blanquizzo). Si algo se me alcanza en esta cuestión, es que las formas castellanas análogas, como *arenisco*, *blanquizzo*, *levantisco*, deben ilustrarse en primer término por el estudio de nuestros monumentos epigráficos. Cuando poseyéremos suficiente número de datos, que determinen el idioma propio de cada región peninsular, la ciencia filológica podrá sin extraviarse aplicar el método comparativo.

El castillo de Peñafior y la ciudad de Vascos ofrecen muy claros indicios de haber tenido en la antigüedad población romana. Como Valdeverdeja, Vascos está comprendida en el distrito de Puente del Arzobispo, pero descuella en la otra ribera del Tajo, sobre el cerro de la confluencia del Juso. El reconocimiento de sus fuertes murallas, casi intactas, en donde habita la soledad, y la luz que sobre la explotación de sus minas de oro pueden asimismo derramar las crónicas árabes, mayormente al tratar de la época de los Almoravides, no serían de poca, sino de mucha utilidad para los adelantos históricos.

Talavera de la Reina, 7 de Febrero 1883.

FIDEL FITA.

¹ «Celticos a Celtiberis ex Lusitania advenisse manifestum est, sacris, lingua, oppidorum vocabulis.» III, 3.

² Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, 4502.

³ Véase descrita en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. I, págs. 398, 399, Madrid, 1796.

DEL ESTUDIO DEL CUERPO HUMANO

¿SE DEDUCE LA EXISTENCIA DEL ALMA? ¹



N la significación absurda que se da á la palabra materialista no se comprende que los haya habido nunca, ni que los haya jamás.

Se supone por la generalidad de las gentes vulgares, y aun de alguna instrucción, si bien ajenas á la ciencia, que los médicos califican todos cuantos fenómenos se suceden en la vida del hombre como producto exclusivo de la materia orgánica; que complicadas y misteriosas evoluciones moleculares ó tal vez la acción particular de algún fluido, como el eléctrico, por ejemplo, es la única y exclusiva causa próxima, no tan solamente de los fenómenos orgánico-vitales, sino también de los que decimos nacen de la inteligencia, de la memoria, del sentido íntimo y de la voluntad.

Que deshecha esa ingeniosa trama entre fibras y elementos orgánicos, el hombre perece, se descompone, se aniquila y extingue por completo. Que llegado tan triste y desgraciado instante queda en totalidad el conjunto del ser denominado hombre sometido á las leyes de la química inorgánica y reducido al no ser, á cenizas, á moléculas; á nada!

Esta ó parecida significación es la que se viene dando al calificativo de materialista. Este es el deshonroso título que se quiere dar á los mejores médicos. Significación destituida de fundamento, inexacta, absurda. Título en tal concepto altamente indigno, despreciativo y ridículo, y que el médico verdaderamente ilustrado rechazó siempre y rechazará con la mayor energía.

Hemos considerado al Anatómico y la Fisiólogo analizando con el escalpelo cada una de las partes de que se compone la maravillosa organización humana. Le hemos visto con la mayor exactitud determinar las funciones respectivas de cada una de ellas; mas al ocuparse del complicadísimo aparato cerebral, muy á pesar suyo se detiene y omite por ignorarlos el uso de los innumerables resortes que le forman. «No hay respecto á ellos más que conjeturas, dice textualmente el anatómico Boscasa, se cree que es el asiento del espíritu.»

Pero este espíritu, repetimos nosotros, esta alma, yo (el nombre es indiferente), ¿qué es? ¿Producto de la materia ó ente de la naturaleza distinta á la materia?

El hombre piensa; sabe que piensa; pero ignora cómo piensa: siente; sabe que siente; pero ignora cómo siente: recuerda; sabe que recuerda; pero ignora el cómo recuerda: olvida; recuerda que olvida; pero no sabe cómo ni de qué manera olvida.

Que el pensamiento se sirve de la cabeza como del instrumento el músico, es cosa indudable.

Que en el pesar y en la alegría toma parte el corazón, tampoco admitimos duda.

Y que la voluntad impulsada por la idea agradable ó desagradable se sirve ó hace uso de los sentidos y aun de los miembros sujetos á la vida de la relación, también es cosa evidente. Mas ¿es la cabeza la que piensa? ¿Es el corazón el que siente? ¿Son los sentidos y miembros los que quieren ó dejan de querer?

La materia, la fibra, el elemento orgánico, ¿es factor activo ó pasivo de los fenómenos intelectuales y morales?

Y si no, decidnos, anatómicos y fisiólogos del mundo, os retamos enérgicamente en pro de los adelantos de la ciencia: ¿cuál es la fibra, el tejido, el órgano ó aparato que produce la idea, el recuerdo, el amor, el pesar y el remordimiento?

¿Decís que no lo ha descubierto jamás el escalpelo anatómico? ¿Qué sólo se han hecho conjeturas? Pues entonces, ¿cómo es posible conocer, lo que algunos pretenden, una fuerza activa á la materia, un móvil misterioso ó un fluido semejante al eléctrico, ó una aptitud genésica orgánico intelectual y moral?

¿No serían estas concesiones gratuitas, hipótesis absurdas, palabras vacías de sentido?

La fibra orgánica por su propia y esencial naturaleza es inactiva, inanima, ² inerte en cuanto á la generación de ideas.

El Yo, piensa con la cabeza; pero la cabeza no es la que piensa, el pensamiento es engendrado por el Yo.

Quiero mover un brazo, por ejemplo; y el brazo se mueve; pero no es el miembro el que á sí mismo se imprime el movimiento, es mi voluntad la que hace mover mi brazo.

No son mis dedos los que dirigen esta pluma, soy

¹ De *El Sentido Católico en las ciencias médicas*.

² Advértase que hablamos de los actos voluntarios propios de la vida de relación, y no de los movimientos moleculares de la vida orgánica ó vegetativa.

Yo el que imprimo posición, dirección y movimiento á mis dedos.

Los medios ó instrumentos materiales de que se sirve el Yo no agentes activos, sino pasivos.

Lo material no produce otra cosa más que materia.

La trama orgánica, ser concreto, complejo, divisible, no puede engendrar lo abstracto, lo simple, lo incapaz de divisiones en partes.

¿Y cómo concebir que la materia sujeta por una ley necesaria á la descomposición y destrucción, ha de dar origen por sí sola á la idea, por ejemplo, de la inmoralidad ó indestructibilidad?

¿Cómo, lo que está necesariamente destinado á la muerte ha de engendrar en nosotros ese incesante deseo de ¡nunca! perecer, de ¡nunca! dejar de existir?

¿Cómo lo finito por naturaleza ha de ser al mismo tiempo germen del elevado é innato pensamiento de lo infinito?

No. La materia no produce en el hombre sus maravillosas facultades de pensar, de sentir y de querer.

Hay dentro del cuerpo humano un ser superior á un ser material.

Hay un soplo divino, celestial, sublime, que ennoblecce y realza al hombre sobre todas las cosas creadas del mundo.

Huésped misteriosamente entrelazado con la materia viva, el Yo existe y dispone de la organización sin ser producto de ella. Manda, impera con libertad absoluta sobre determinados órganos, si están en su perfecto equilibrio, y, sirviéndose de ellos sin saber cómo, tiene conciencia de su ser aun cuando desconozca su mecanismo y manera íntima de ser.

Luego el Yo, el alma, es un misterio para sí misma; pero existe.

Vitalistas y materialistas tienen que confesar como Georget al retractarse de su fisiología sobre el sistema nervioso: «Que no cabe la menor duda que existen dentro de nosotros (el alma) y fuera de nosotros (Dios) un principio inteligente distinto á las existencias materiales.»

Y existencia real, indiscutible. Bien demostrada porque de ella tiene conciencia el sentido íntimo; evidente en sus fenómenos, clara y determinante cual otro orden de hechos físicos observados por el método filosófico, analítico y directo; y bien definida como ente abstracto, por el método indirecto, negativo ó de exclusión ¹ por el que se explica mejor lo que una cosa no es, que la que es.

Principio distinto de la materia.

Principio no engendrado por la materia.

Principio superior á la materia.

Principio inmaterial.

Hé aquí el alma.

Del estudio del organismo humano se deduce filosófica, directa é indirectamente su existencia.

Materialistas habrá que no la expliquen; ninguno hay ni puede haber que con fundamento la niegue.

Y si lo contrario sucediera, ¡ah! diríamos nosotros como el eminente médico Laennek, contestando á pérdidas teorías que se mezclaban en Fisiología: — «¡Dios de mis padres! Si el estudio de mi arte no debe conducirme más que á dudar de tu poder; si es preciso que en este cuerpo frágil y perecedero no halle ya más ese instrumento celeste de mi pensamiento, esa alma, que debo á tu bondad; si es preciso que asemejado al bruto estúpido, degradado en todo mi ser, reconozca inclinaciones irresistibles en mí mismo, y la facultad de pensar en una ostra, ¡ah! devuélveme mi ignorancia, no permitas que blasfeme de tu sacrosanto nombre, yo no estudiaré más.»

DR. MANUEL DE URIBARRI.

LA MANO NEGRA



ERÍA un gran título para una novela terrorífico-adulterina, de ese género de contrabando que se alija en Francia y pasa los Pirineos sin que los carabineros de la moral le pongan impedimento alguno.

¿Y con qué derecho se había de sujetar á fiscalizaciones ni aduanas el tráfico de la inteligencia?

Enhorabuena que se sometan á reconocimiento pericial las carnes frescas, secas ó en conserva que vienen del extranjero y que pudieran contener ele-

¹ Hay en la ciencia del Diagnóstico, además de los métodos filosóficos analítico y sintético, otro que admite razonablemente la sana Filosofía, y que consiste en formar el juicio sobre un padecimiento; cuando es difícil ó imposible de una manera directa, indirectamente ó de un modo negativo; es decir, negando ó excluyendo lógicamente lo que una cosa no es para sacar en consecuencia lo que es. A este método filosófico se le llama negativo ó método de exclusión.

mentos nocivos para la salud del cuerpo; pero ¡las novelas!...

Esas no obran sobre el estómago, que es la víscera más importante de nuestro organismo social. Lo más que puede concederse á algunas de ellas es que produzcan náuseas; pero el mismo efecto causa la ipecacuana, y nadie ha pensado en prohibirla.

Me dirán ustedes que las novelas, las *malas novelas* (que no tienen nada que ver con las *novelas malas*) obran moralmente sobre el espíritu y sobre los sentimientos, etc., etc. ¡Bah! Si no fuera por no alargar esta digresión, yo les contestaría á ustedes que la *trichinosis* moral no está comprendida en la patología moderna, y que...

Pero volvamos á *La Mano Negra*, que es el asunto que se me ha venido á la mano, y que no tiene nada de novela, como no sea el interés que ha despertado, de veinte días á esta parte, en el público.

Con efecto, *La Mano Negra* preocupa al gobierno, preocupa á las Cámaras, preocupa á los tribunales, preocupa á la opinión, preocupa á la prensa, preocupa á todo el mundo.

¿Y qué es *La Mano Negra*? preguntará algún feliz mortal; que feliz ha de ser necesariamente el mortal que no haya leído ningún periódico en veinte días.

Pues *La Mano Negra* es sencillamente... una sociedad.

Una sociedad que participa de muchos de los caracteres, de muchas de las condiciones, de muchas de las circunstancias de otras sociedades que todos hemos conocido.

Si se la considera bajo el punto de vista de la fama que ha adquirido en estos últimos días, podemos llamarla *Sociedad de crédito universal*.

Si se atiende al sigilo en que se han tenido los nombres de los socios, puede decirse que es una *Sociedad anónima*.

Si se tiene en cuenta la impunidad con que hasta ahora ha funcionado, y la seguridad en que ha vivido, no hay inconveniente en llamarla *Sociedad de Seguros*.

Y así sucesivamente.

De que esa Sociedad tiene *acciones*, no puede dudarse. Los tribunales están liquidándolas, y las hay de todas clases, desde el robo de un carnero hasta el asesinato en masa y el incendio en comandita.

Son *malas acciones*, pero al cabo son acciones, y por consiguiente, serán *accionistas* los que esas acciones cometen.

La Sociedad tenía estatutos, celebraba sesiones, tomaba acuerdos, repartía dividendos entre los propietarios, en forma de saqueos, depredaciones y asesinatos.

Y por último, para plagiar á otras sociedades, se ha declarado en quiebra.

No puede negarse que el espíritu de asociación hace progresos en nuestra época.

Hay excepciones, sin embargo: se echa de menos la asociación de los hombres honrados contra los que no lo son.

Y á propósito de hombres honrados, he leído en un periódico que *La Mano Negra* cuenta con algunos ejemplares de esta especie. No lo creo; pero si fuera cierto, desde luego me atrevería á señalar el tipo á que pertenecen esos honradísimos criminales.

Hombres que no han hecho mal á nadie ostensiblemente.

Que son buenos esposos, buenos padres y hasta buenos cristianos, en opinión de sus convecinos.

Que no pertenecen á ningún partido, y se crispan de espanto ante la perspectiva de una conflagración política que puede poner en peligro sus intereses.

Que viven de sus rentas y procuran aumentar su capital prestando dinero á un rédito usurario, pero legal, por supuesto.

Que tienen por lícito todo lo que les conviene, siempre que se salven las apariencias.

Hombres, en fin, tan anchos de conciencia como estrechos de corazón, de quienes el vulgo dice gráficamente que encienden una vela á San Miguel y otra al diablo.

Si hay en la terrible asociación alguna *persona honrada* (hasta el papel en que escribo se pone colorado al recibir esta frase), seguramente pertenece á la especie híbrida que he indicado.

Les he llamado hombres porque de alguna manera les había de llamar; pero en ellos el alma está reemplazada por el instinto, como en los seres irracionales. Tienen el instinto de la conservación, y nada más.

Y para conservar la vida, la hacienda, el alimento, la tranquilidad, la salud, los goces materiales, que creen amenazados por *La Mano Negra*, no hallan medio más cómodo que inscribirse en ella como socios honorarios.

Me hacen el mismo efecto que me harían las mos-

cas que se pusiesen bajo la protección de las arañas.

Por lo demás, convengamos en que la tenebrosa Sociedad andaluza, que ha tenido habilidad para reglamentar y organizar el crimen, no ha dado muestras de gran originalidad al secuestrar del Diccionario las dos palabras con que ha perpetrado su título.

La mano negra es un utensilio tan común y tan generalizado en España como la mano del almirez en las cocinas, y la mano de gato en el rostro de las damas averiadas.

La mano negra pesa hace muchos años sobre nuestros destinos, señala nuestros derroteros, comprime nuestras aspiraciones, sofoca los gritos de nuestra conciencia, exprime la pureza de nuestros sentimientos y ahoga nuestra fe y nuestras creencias religiosas.

Si; hay una mano negra más difícil de encontrar, de juzgar y de amputar que *La Mano Negra* que hoy llena las cárceles de Jerez, de Arcos y de otras poblaciones del Mediodía.

Esa mano misteriosa lo palpa todo y es impalpable; está en todas partes y no se la ve en ninguna, y bien al revés de lo que sucede en el orden fisiológico, donde la mano es el instrumento de la inteligencia, aquí se transforma en impulso moral, para hacer de nosotros meros instrumentos materiales.

Esa mano negra es la del escepticismo, que tiende un manto de hielo sobre nuestra generación, y vierte el beleño de la duda sobre nuestros corazones, y enciende relámpagos de ambición en los pigmeos, y enerva las fuerzas de los gigantes, y desgarrá nuestras tradiciones caballerescas, y nos lleva á empujones hacia los apetitos groseros y los goces materiales.

Pero ¿qué estoy diciendo, lectores míos? ¿A dónde voy á parar cargado con estos trastos viejos, que no encontrarían compradores en el Rastro de nuestra sociedad despreocupada y positivista?

Nada, nada; no hay que tomar á pechoos estas chochees de un escritor jubilado, que ha perdido los papeles y hasta el buen humor que *informaba* (como ahora se dice) sus lucubraciones en los tiempos de Maricastaña.

Después de todo, es muy posible que yo esté equivocado, y que esta mano negra sea un mito, y la otra *Mano Negra* una ilusión. En esto de las manos es muy fácil equivocarse: á veces no sabe uno dónde tiene su mano derecha, y esto es precisamente lo que me sucede en este momento, leyendo el artículo que acabo de escribir.

Juraría que no está escrito con las manos.

BLAS.

LOS SANTUARIOS DE GALILEA

PARA contribuir á fomentar la obra de las peregrinaciones á tierra Santa, que parece haberse reanimado en España, voy á consignar aquí una sucinta noticia de lo mas notable que hay en Galilea, ya que he tenido ocasión de visitar varias veces casi todos los puntos que citaré. Creo que mi relato, por lo mismo que será brevísimo, agradará á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, refrescando sus ideas acerca de esta tierra consagrada con las huellas de Nuestro Salvador.

Desde Marsella á Jafa, que es el puerto más cercano de Jerusalem, se emplean diez días, haciendo el vapor escala en la isla de Malta y en Alejandría de Egipto. Desde Jafa á Jerusalem hay doce leguas. Desde Jafa viene el vapor en seis horas al puerto de Caifa, que está á seis horas Noroeste de Nazaret. A tres cuartos de hora de Caifa y sobre el Mediterráneo está el monte Carmelo, cuna de la famosa religión de su nombre. Tiene cinco leguas de Norte á Sur, y en el magnífico convento y sus contornos hay varios santuarios: 1.º, el lugar donde la Santísima Virgen se apareció á San Elías; 2.º, donde este Santo ofreció á Dios un sacrificio según la ley antigua; 3.º, la gruta donde el santo vivió mucho tiempo; 4.º, una fuente milagrosa del santo; 5.º, el valle de los Mártires; 6.º, una antiquísima sinagoga hecha en la Peña, donde se juntaban los profetas á conferenciar, y 7.º, el valle de las Grutas, donde vivían miles de santos anacoretas.

Para ir desde Caifa á Nazaret se atraviesa el torrente de Císón y la famosa llanura de Esdrelón, de quienes habla mucho la Sagrada Escritura. Nazaret está á veintiocho ó treinta leguas de Jerusalem, á seis y tres cuartos de San Juan de Acre, que también cae sobre el Mediterráneo á tres leguas de Caifa. En Nazaret, como es notorio, vivió el Divino Salvador con sus padres, dedicado á la carpintería hasta la edad de treinta años, menos los siete primeros, que estuvieron todos tres en el destierro de Egipto, perseguidos por Herodes. El gran misterio obrado en esta ciudad se explica muy circunstancialmente en el capítulo primero del Evangelio de

San Lucas. La grande y hermosa iglesia del convento encierra este lugar afortunado, adornado con altar y santuario de vistosos mármoles. En esta iglesia y santuario arden continuamente de veinticinco á treinta lámparas. El convento es también grande; el culto divino de lo más lucido, realizado con las inocentes voces de diez niños de coro. Además de las misas rezadas que se aplican por los que dan limosna, todos los días se canta Misa solemne con un excelente órgano que fué hecho en Venecia. Todos los días se hace procesión al santuario, á San José, á Santa Ana y á San Gabriel.

La población de la ciudad se compone de unas 6.000 almas: de éstas 700 son católicas latinas; casi otras tantas entre maronitas y católicos griegos; 1.300 griegos cismáticos, y los demás turcos. Hay escuela de niños con unos sesenta escolares, y de niñas, dirigida por monjas francesas, con unas ochenta niñas, de las cuales catorce son huérfanas del Líbano y Damasco.

Nazaret está en medio de lugares celeberrimos en las guerras judaicas: á una hora al Sur aparece la famosa llanura de Esdrelón; al Sudeste de Nazaret está el monte Hermón, Endor, Débora, Tabor, etcétera, etc. Pero la mayor celebridad de estos afortunados lugares, que el Señor quiso honrar con muy repetidos y estupendos milagros, proviene de haber sido patria de la Sagrada Familia. No puedo reducir á una carta sus circunstancias. Indicaré sólo los sitios y las distancias de Nazaret, para que se vea que es fácil visitarlos desde este convento, en donde toman descanso los peregrinos de todas las naciones y de toda clase de religión, sean protestantes, cismáticos, judíos, etc.

A tres cuartos Sudoeste de Nazaret está Jafa de Galilea (hay otra en Palestina), de donde era el Zebedeo, padre de Santiago, apóstol de España, y de San Juan Evangelista. Aquí había una grande iglesia, pero ningún católico. Afortunadamente hace pocos días que estamos practicando diligencias para reconciliar á la fe una parroquia entera de doscientos griegos cismáticos que se convierten. A tres horas al Sur está Nafn, donde el Señor resucitó al hijo de la viuda. A tres horas más al Este, el monte Tabor, donde el Señor se transfiguró. Es de lo más hermoso de Palestina, por el arbolado siempre verde que lo circunda; tiene tres cuartos de subida y en la cima una llanura de media hora, y es como el rey de innumerables montañas que desde allí se ven. Hay una iglesia greco-cismática é inmensas ruinas de los romanos y cruzados; pero nosotros no podemos fabricar aquí, ni en otras muchas partes, por falta de recursos.

A cinco horas al Poniente de Nafn, se ve el lugar donde el Señor sanó á los diez leprosos del capítulo xvii del Evangelio de San Lucas. Cerca de aquí, Betulia, patria de la famosa Judit. A dos horas, al Norte de Nazaret, Safuria, patria de San Joaquín y Santa Ana. Aquí hay grandes paredes de una iglesia arruinada, pues así en los lugares dichos, como en los que diré, ha habido grandes iglesias, de las cuales apenas se ven hoy vestigios, porque los turcos todo lo destruyen.

Desde Nazaret á Tiberiades, caminando al Oriente por buen camino, á tres cuartos de hora está el sepulcro del profeta Jonás, que predicó á Nínive. A hora y media está Caná de Galilea, donde el Señor convirtió el agua en vino asistiendo á una boda. Los apóstoles San Bartolomé, San Simón Cananeo y San Mateo eran de esta ciudad, que hoy es una pequeña villa con pocos cismáticos y ningún católico. Hay un huerto y ruinas de una buena iglesia, que una señora francesa acaba de comprar (por mano del padre guardián) por 1.222 duros, con intención de fabricar un santuario.

Esta será la décima vez que se compran estas ruinas, y podrán valer de dos á tres mil reales. ¡Tiranías turcas muy comunes en este país! Media hora más adelante el campo de las Espigas, donde el Señor y sus apóstoles en una grande hambre las desgarraban y comían. A cuatro y media horas de Nazaret está el monte donde el Señor enseñó en un sermón las Bienaventuranzas. Media hora más adelante están las ruinas de una iglesia donde Jesucristo con cinco panes y dos peces satisfizo el hambre de cinco mil personas que asistían á sus sermones, según cuenta San Juan, cap. vi.

Una hora más adelante (seis horas desde Nazaret) está el famoso mar ó lago Tiberiades. Los milagros que el Señor ha hecho en este mar y sus contornos antes de su muerte y después de resucitado han sido muchos, según se lee en los cuatro Evangelios. En el sitio donde el Señor eligió á San Pedro por pontífice, hay una buena iglesia dedicada al Santo: aquí tenemos un padre religioso y un lego en un mal hospicio. Este lago es de agua dulce: tiene cinco leguas de Norte á Sur, y dos de Poniente á Oriente. La ciudad é iglesia están tocando al mar. Tiene de tres á

cuatro mil habitantes, la mayor parte judíos, descendientes de España, y hablan nuestra lengua antigua.

Desde esta ciudad, caminando al Norte por la ribera del mar, á las dos horas se encuentra Magdalum, ó el castillo de Santa María Magdalena, donde la Santa vivió hasta los diez y siete años, en que haciendo demasiado aprecio de su peregrina belleza fué á ostentarla en las cercanías de Jerusalem (38 leguas) estableciéndose en Betania, á media hora de la Ciudad Santa. Media hora más al Norte de Magdalum (aquí había iglesia) está Betsaida, patria de los apóstoles San Pedro, San Andrés y San Felipe. Aquí sólo hay un buen molino antiquísimo y señales de una hermosa ciudad. Media hora más adelante, declinando á Oriente, vemos el sitio de la famosa y grandísima ciudad de Cafarnaum, donde tuvieron el Señor y su Santísima Madre por algunas temporadas su residencia, de modo que vino á llamarse la ciudad de Jesús de Nazaret. Los milagros obrados aquí han sido también muchos. Hoy no hay sino un gran terreno sembrado de ruinas, y ruinas manifiestas de una magnífica iglesia, como son columnas medio enterradas, cornisas, capiteles, etcétera.

Como una legua más al Oriente, y en la punta Norte del gran lago, está la embocadura del río Jordán, que nace en el monte Líbano. Este célebre río con algunos arroyuelos sostiene siempre en proporcionada igualdad el profundísimo lago; y después de cumplir esta obligación y la de alimentar infinitad de peces, descendientes de los que pescaban los apóstoles, se marcha muy contento saliendo del lago por la parte del Mediodía á buscar el lugar donde el Divino Salvador quiso honrarle, siendo bautizado por San Juan. Desde Tiberiades hasta donde el Señor fué bautizado corre el Jordán entre montañas por más de cincuenta leguas y últimamente desemboca en el mar Muerto. Desde la ciudad de Tiberiades al Jordán, caminando al Mediodía, hay dos horas.

Se me olvidó, al hablar de la ciudad de Nazaret, hacer mención de otros seis santuarios que están en la ciudad y sus inmediaciones. Primero, una nueva y hermosa capilla fabricada en el sitio donde San José tenía su taller de carpintero, porque la casa de su habitación era muy pequeña; segundo, otra nueva capilla que encierra una gran piedra llana, donde el Señor, según la tradición, cenó varias veces con su Santísima Madre y los apóstoles; tercero, á ocho minutos de su casa, hay una buena fuente llamada de Nuestra Señora, donde la Virgen iba por agua para los usos domésticos: no hay otra fuente en la ciudad; cuarto, tres cuartos al Sur de la ciudad hay una alta y horrible peña donde un día quisieron sus convecinos precipitar al Salvador porque en la sinagoga les reprendió sus desmanes; quinto, á diez minutos al Sur está el lugar del *Estremecimiento* de la Virgen Santísima, donde quedó medio muerta de susto cuando supo la intención de despeñar á su querido Jesús; y sexto, en la misma ciudad existe una iglesia en el sitio de la sinagoga judaica, donde el Señor predicaba á sus convecinos.

Tales son los principales santuarios de Galilea.

F. RELIGIOSO DE TIERRA SANTA.

EL MÉDICO DE SU HONRA

(¿La tradición filipina ó el drama de Calderón?)

I



OPPIO á un insigne publicista filipino, á D. Felipe del Pan, que en 1876 decía en un precioso artículo que lleva el mismo epígrafe:

«El drama de Calderón titulado *El Médico de su honra* desenvuelve, en el fondo, el mismo asunto que presenta este ensayo literario. Un marido que se cree ultrajado resuelve hacerse justicia; pero como es cristiano, da ocasión á la culpada de prepararse á una buena muerte. Calderón, palaciego por su intimidad con el Conde-Duque de Olivares y con el mismo Felipe IV, no podía ignorar cuando escribió su drama (de 1630 á 1640) la espantosa desgracia ocurrida en Manila diez años antes á un



EXCMO. É ILMO. FR. CEFERINO GONZÁLEZ.

Electo Arzobispo de Sevilla.

caballero de familia distinguida y en elevada posición. Esto hace doblemente reparables las inverosimilitudes, la ausencia de sentimientos y hasta los falsos caracteres que aparecen en dicho drama, en cuyas últimas escenas, como dice el erudito Ticknor, se conculcan todos los principios de la moral cristiana.

Aun con la exageración de ciertas ideas en aquellos tiempos, si fuera verdad el caso presentado por Calderón, siempre pasaría por un asesinato premeditado y repugnante en sus detalles, mientras el hecho histórico con el cual lo comparamos será juzgado de otra manera por grande que sea el horror que inspire.»

II

Se ve frente al Colegio de Santa Isabel de Manila un elevado y frondoso tamarindo que personifica la

tradición de la horrorosa tragedia que el presenciara en 1622, y que de poder hablar la referiría sin duda. De este modo:

D. Alonso Fajardo, sexto Gobernador de Filipinas, llegó al Archipiélago en 1618. Había guerreado en las famosas jornadas de Flandes, y si era valiente por la raza, era, aunque dulce, severo por carácter.

Del cielo de Murcia, que cobijó su cuna, había tomado la sonrisa; de las abruptas Alpujarras, donde con el marqués de los Velez había hecho su aprendizaje militar, la inflexibilidad.

Con órdenes conciliadoras llegó á la Perla del Oriente y bien pronto se hizo popular entre los indígenas.

Lo mismo en el exterior que en el interior se distingue la época de su gobierno por la quietud, por el reposo de que gozó la naciente colonia, cosa no muy frecuente en aquellos tiempos en que moros y

holandeses hacían á las armas españolas una guerra sin tregua ni descanso.

¡Ay! á él solo, que había sido fuente de paz, le estaba reservada la triste suerte de morir devorado por la pena.

Acompañóle á su gobierno su esposa Doña Catalina de Zambrano y ella fué la causa de tantas desventuras como afligieron al insigne caballero.

—Yate hedicho, Luis— decía el Gobernador á su hermano, deteniéndose de repente y mirándole con fijeza — que es inútil que me hables mas del asunto. Catalina es tan buena como hermosa; pero si no lo fuera...

—Deberías tener en cuenta que los Fajardos son, ante todo y después de todo, cristianos — replicaba D. Luis, mientras sus ojos, que no podían resistir el fuego que lanzaban los de D. Alonso, iban á clavarse en las plateadas ondas del río Pasig, que entonces se juntaba con el mar al pié de la Fuerza de Santiago, en una de cuyas baterías, y á compás de sus agitados paseos, mantenían ambos hermanos este diálogo.

—Cristianos y todo como son — replicaba Don Alonso — la mataría.

—¿Y que habrías conseguido?

—La sangre de la mujer es el Jordán donde se lava la honra del marido.

—Acuérdate, Alonso, de las sublimes palabras del que murió en la Cruz: El que de vosotros esté sin pecado que arroje la primera piedra.

—Yo podría hoy — exclamó el indignado Gobernador — arrojarla, porque puedo decirlo con justo orgullo: la honradez nació conmigo.

—¿Estás, pues, decidido?

—Estoy resuelto á ser el único médico de mi honra.

III

En apartada pieza del castillo, pues en aquella época no estaba ni siquiera comenzado el que después fué palacio de los Gobernadores, se mantenía á la vez otro diálogo de distinta índole.

Eran Doña Catalina de Zambrano y una dama de su servidumbre.

—¿Y estás, señora, dispuesta á acudir á la cita?

—Ya lo veis, pues me estais ayudando á cambiar de traje — decía Doña Catalina, que en aquel momento se calaba hasta las cejas un ligerísimo chambergó.

—¿Y no teméis las consecuencias? Vuestro cuñado debe de haber sospechado algo.

—¡Bah! con este traje ¿quién me ha de conocer?

Yo conozco la consigna de los centinelas de la Fuerza, para mí nunca fué un secreto el santo y seña del castillo; cuanto más — vos misma me lo habeis dicho — pareceré un paje travieso, que aprovecha el sueño del Gobernador para ir en busca de aventuras.

Y en esto tenía Doña Catalina mucha parte de razón.

Su porte, vestida con el atavío de los caballeros de su época, no dejaba adivinar, ni remotamente, á la encantadora mujer.

Hija también de un esforzado capitán de aquellos famosos tercios que desaparecieron en la funesta jornada de Rocroy, éranle muy familiares los hábitos militares, y hasta el manejo de las armas.

Decía bien: cuanto más podía parecer un hermoso

paje. Y con la confianza que en ella despertaba la impunidad de otros días no tardó en abandonar la Fuerza; para correr en busca, más que de otra cosa, de su propia muerte. La catástrofe no se había de hacer esperar mucho. La casualidad precipitó los sucesos.

IV

Andaban muy revueltos los ánimos con ocasión



COSTUMBRES NACIONALES.

EL MERCADO DE BILBAO.

de la demanda presentada al gobierno general en súplica de que no se permitiera la admisión de más novicias en el Convento de Santa Clara (rigurosamente histórico) por razones muy fáciles de comprender, allí donde la presencia de una mujer de raza europea era un verdadero acontecimiento, y Don Alonso Fajardo hacía todas las noches después

de la queda una minuciosa ronda por las calles de Manila.

Si fué sencillamente el azar, ó no, la historia no lo dice, pero es lo cierto que al dar vuelta á Santa Isabel, Fajardo se detuvo repentinamente bajo el histórico tamarindo, que aun hoy subsiste, y allí cayó en profunda meditación.

De repente alza la cabeza con rápido movimiento aplica el oído, mientras la ansiedad se retrata en su semblante, y, por último se abalanza hacia la puerta de la casa que no tarda en allanar.

(Para comprender esta escena es preciso imaginarse la empalizada de caña, cinturón del pequeño jardín, en cuyo centro, obedeciendo á la imperiosa

ley de la necesidad, se alzaban entonces, y aun hoy mismo fuera de la ciudad murada, las no muy anchurosas casas de caña y tabla que al principio de nuestra posesión de las Islas formaban las treinta y dos calles de que constaba Manila.)

Loco de ira penetró en la vivienda el Gobernador seguido de su ronda, y algunos segundos después saltaba por uno de sus balcones un hombre, cuyo nombre ni circunstancias consignan las crónicas, que sólo dicen *un sujeto de la república*.

Poco después salía un soldado de la casa, y se dirigió con gran prisa al vecino convento de Santo Domingo, trasmitiendo al Hermano portero esta terminante orden del muy ilustre señor Gobernador D. Alonso de Fajardo:

— Que me acompañe un fraile que necesita ahora mismo su señoría para un arduo asunto.

Y con la misma presteza volvía dando escolta á un padre dominico, que corría donde un tan apremiante mandato y su deber le llamaban.

A la puerta de la casa que ya conocemos aguardaba el indignado caballero, que en viendo al Padre, se adelantó hacia él exclamando:

— Venid conmigo, padre.

Y asiéndole de una mano le obligó á penetrar en la casa, cuya puerta cerró inmediatamente que ambos estuvieron dentro, no sin advertir antes á los soldados de su ronda que no pasaran adelante, sea cual fuere lo que oyeran. El drama iba á tener un desenlace trágico. Sangriento.

— ¿Qué me queréis, hijo? — preguntó el dominico con voz dulce.

— Vais á confesar, padre, á una mujer.

— ¿Está enferma?

— De gravedad, padre — contestó con ronca y sombría voz Fajardo — de tal gravedad, que en cuanto la confeséis va á morir.

Y al decir esto, penetraban en una estancia en cuyo fondo había un lecho, y de rodillas, apoyando la cabeza sobre él, una mujer medio vestida con un traje impropio de su sexo.

Era Doña Catalina de Zambrano.

El dominico comprendió con una sola mirada todo lo horrible de la situación y se dirigió presuroso hacia la infiel esposa.

D. Alonso de Fajardo permaneció junto á la puerta, con el ademán tranquilo, al parecer; pero, en realidad, ruiéndole en el pecho la peor de las tempestades.

La de la ira.

La escena era imponente.

Un marido ultrajado y ansioso de venganza, una mujer desgraciada, en el mero hecho de ser culpable, y un confesor que con el alma contristada y los ojos preñados por el llanto, si encuentra en aquel momento palabras de consuelo es porque su deber, su santo deber se impone á todo.

La confesión dura largo rato; los sollozos y ese leve rumor de una conversación casi imperceptible es lo único que rompe de vez en cuando el solemne silencio que reina en la habitación.

Por fin, el dominico se levanta y dirigiéndose al noble Fajardo con paso decidido, le dice:

— Hijo mío, acabo de oír en confesión á una mujer más desgraciada que culpable; para las que se arrepienten y lloran es Dios manantial inagotable, fuente de perdón. Vos sois cristiano y también sabeis perdonar.

— Padre — contestó el Gobernador — os suplico que me dejéis solo.

— Imposible.

— Dejadme, padre, os lo ruego — siguió el ofendido esposo — pero si no atendeis á mi ruego...

— ¿Qué?

— Os lo mando.

— Un ministro del altar — replicó el valeroso dominico — no debe obedecer á los hombres, cuando Dios dispone lo contrario.

— Padre, ¡que me ahoga la ira!

— Hijo, por los dolores de la Virgen santa, por el que murió en el Calvario — exclamó el fraile, cayendo de rodillas y abrazándose á las piernas del caballero — refrenaos. La venganza es el acibar que envenena la existencia. ¡Perdon, perdon para ella!

— Que la perdone Dios, yo no! — gritó ya fuera de sí el Gobernador.

Y entre el fraile, delicado por naturaleza, y el caballero, robusto y fuerte por sus hábitos, se entabló una lucha sacrilega que la pluma no puede describir. La lucha que podría entablarse entre el león, que quiere lanzarse sobre su presa y la gacela que quisiera defender la vida de sus hijos.

El sacerdote se sintió impotente, su resistencia iba siendo ineficaz, rodó por el suelo y ya sólo tuvo alientos para gritar:

— ¡Socorro! ¡socorro!

VI

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y pálido, trémulo, penetró de repente D. Luis Fajardo, que al quererse dirigir á su hermano retrocedió espantado.

— ¿Por qué no has llegado antes? — fueron las únicas palabras de D. Alfonso.

— ¡Desventurado! — gritó D. Luis.

Y lo era, ciertamente, aquel insigne caballero de honor immaculado que en aquel punto, desgredado, lívido, con el traje descompuesto por la lucha, poseído de la ira, arrojaba á los pies del cadáver de la que fué su esposa, su ensangrentada daga.

Ya lo hemos dicho: D. Alonso Fajardo era inflexible y había prometido ser el médico de su honra.

Pero ¡ay! el dominico lo había profetizado: *la venganza es el tósigo que envenena la existencia*.

Algunos meses después, devorado por los más cruentos remordimientos, «entregaba el alma á Dios el pundonoroso y arrebatado caballero D. Alonso Fajardo y Tenza, caballero de Alcántara, señor de Espinardo, acreditado caudillo en las guerras de Flandes, justificado Gobernador de Filipinas, y le enterraban en el templo de Recoletos al lado de su malaventurada esposa Doña Catalina Zambrano.»

VI

Hasta aquí lo que diría el esbelto tamarindo que personifica la tradición, único en Manila — donde no se podría escribir como en París la *Historia de su arbolado* — que despierta algún recuerdo notable.

Pero ya que hicimos un prólogo, copiando al escritor antes citado, hagamos el epílogo transcribiendo al P. Martínez de Zúñiga.

Habla la historia:

«Fue este gobierno muy pacífico aunque muy desgraciado, y no fué la menor infelicidad para Don Alonso la que le ocasionó su mujer Doña Catalina Zambrano, de tan poca fidelidad, que tenía comunicación ilícita con un sujeto de la república, para la cual salía de Palacio disfrazada, y entraba en una casa donde se veía con su amante: Rondando la ciudad una noche el Sr. Fajardo, como tenía de costumbre, por aviso, sin duda, que tuvo de algún soplón, entró en la casa donde su mujer ponía en práctica sus malos designios, y la halló en traje que manifestaba su delito. Llevado el noble caballero del pundonor y la ira que le excitaba el agravio, determinó tomar una ejecutiva venganza. Mandó llamar un confesor que la oyese en penitencia, y acabada la confesión, sin que las lágrimas del sacerdote pudiesen impedirlo, la mató á puñaladas con sus propias manos.

El indigno cómplice tuvo la fortuna de escaparse, y poniendo mar de por medio, aseguró su vida, que sin duda le hubiera quitado el enajenado Gobernador.

Desde este tiempo le entró una profunda melancolía, que no le dejó hasta que no acabó con él antes de dos años. (El P. Concepción dice seis meses.) Se enterró en la iglesia de los PP. Recoletos, habiendo muerto por Agosto de 1624. (MARTÍNEZ DE ZÚÑIGA: *Historia de las Islas Filipinas*; páginas 237 y 238.)»

Y después de haber leído la historia, el lector podrá juzgar si fué creación del inmortal D. Pedro Calderón de la Barca su monumental drama, ó si copió el hecho de la tradición filipina.

Por nuestra parte creemos que se desarrolló en el extremo Oriente y que en alas de la fama vino á España el trágico episodio que inmortalizó Calderón con este título:

El médico de su honra.

MARTÍNEZ PARRA.

EL DOGMA CRISTIANO

Y LA PLURALIDAD DE MUNDOS HABITADOS.



AS observaciones recientes, hechas cuando el paso del planeta Venus por delante del Sol, parecen confirmar un hecho admitido ya por los astrónomos: Venus está rodeada de una atmósfera no menos densa que la nuestra, que contiene vapores de agua. Este hecho destruye uno de los principales argumentos de los escritores que sostienen que los planetas no son habitables. Es claro ya que en el planeta Venus, para hablar solamente de él, las condiciones físicas pueden permitir la existencia de seres análogos al hombre. Conviene advertir aquí que se engañan los adversarios del catolicismo que concluyen de este hecho que la existencia de las condiciones que hacen habitable el planeta Venus son una prueba de la incompatibilidad del dogma con la ciencia, y que

admitir la pluralidad de los mundos habitados es destruir de golpe y porrazo la tradición bíblica.

Conviene probar aquí lo absurdo de esta tesis, toda vez que ha sido sostenida recientemente en España por un escritor que goza de cierta autoridad entre los sectarios del moderno racionalismo.

Contra esta tesis está el voto unánime de los grandes publicistas católicos. Véase cómo se expresa en efecto el Rdo. P. Félix: — «¿Queréis descubrir habitantes en la luna? ¿Queréis encontrar en los planetas y en las estrellas hermanos en inteligencia y en libertad, y como lo pretenden ciertos genios que aspiran á la visión intuitiva de todos los mundos, queréis saludar de lejos, al través de los espacios, sociedades y civilizaciones astronómicas? Sea. Si no tenéis contra nosotros otras razones que estas, sabed que nada se opone á que vosotros nos tendáis la mano y á que nosotros os la tendamos; colocad en el mundo sideral tantas poblaciones como os acomode, con la forma y el grado de temperatura moral y material que queráis imaginar, que el dogma no os lo impide, que el dogma no afirma ni niega nada sobre esta hipótesis libre.»

Conviene recordar aquí que el conde De Maistre, cuya austera ortodoxia no es un misterio para nadie, se inclinaba á creer que en efecto los astros están habitados, y no hay por qué añadir que muchísimos de sus discípulos y continuadores piensan del mismo modo.

A principios de este siglo, otro sabio de gran nombradía, M. Frayssinous, hablaba en idéntico sentido. Hé aquí sus palabras: «En su reseña, Moisés pasa ligeramente sobre la creación de los astros que brillan en el cielo: Dios, dice, hizo las estrellas. Palabras bien sencillas, pero muy sublimes en su sencillez, porque prueban que tan fácil fué al Creador sembrar de estrellas el firmamento, como de arenas las orillas del mar. Pero todos los astros que ruedan sobre nuestras cabezas ¿están ó no están habitados? Moisés no satisface nuestra curiosidad. En esta materia, las opiniones son libres. No diremos que los astros están poblados de hombres como nosotros, porque no lo sabemos; pero nos parece extraño que sólo la tierra, que es un punto en la inmensidad de los espacios, esté poblada, y que el resto del universo sea una inmensa soledad.»

Mucho debe pesar ante los ojos de los doctos la opinión del ilustre P. Secchi, de la Compañía de Jesús, director que fué, durante no pocos años de su gloriosa existencia, del Observatorio del Colegio Romano. Ahora bien: el P. Secchi profesaba la opinión de la pluralidad de los mundos habitados. En su monumental obra intitulada el *Soleil*, se expresa en los siguientes términos: «¿Qué pensar de las estrellas, que son sin duda como el sol, centros de luz, de calor y de actividad, destinadas como él á alimentar la vida de una muchedumbre de criaturas de toda especie? A nosotros nos parece absurdo mirar los astros como vastas regiones deshabitadas; antes bien creemos que están pobladas de seres inteligentes y razonables, capaces de conocer, de amar y de honrar á su Creador, más fieles que nosotros á los deberes de reconocimiento hacia Aquel á quien deben su existencia y la facultad de conocer tantas maravillas.»

Como se ve, el sabio Jesuita habla sobre esta cuestión con grande energía. Más expresivo, sin embargo, que el texto anterior es, si cabe, una anécdota que ha referido en un libro, por cierto apreciable, el P. Pioger. Preguntó éste al P. Secchi qué pensaba de Marte, planeta que tanto había observado, y que en aquel momento estaba precisamente observando, y principalmente si lo creía habitado.

— ¿De qué queréis que sirva si no está habitado? contestó el P. Secchi. ¿No es acaso su tierra una tierra como la nuestra?

Conviene recordar aquí unas palabras del Padre Monsabré, que vienen á contestar á una objeción que á todo esto hemos visto indicada en una obra impía publicada últimamente en Barcelona. El Padre Monsabré dijo en una conferencia pronunciada en Nuestra Señora de París: «La Redención es inmensa como la humanidad. No digo bastante. La Iglesia me obliga á extender estas vastas proporciones, invitándome á seguir el curso del río de sangre hasta en la misteriosa inmensidad que nos envuelve. Este río, nos dice, ha purificado la tierra, los astros, el universo entero:

*Terra, pondus, astra, mundus,
Quo lavantur flumine.*

Estos mundos luminosos cuyos movimientos armónicos se encadenan el uno al otro bajo la influencia de la misma ley, han sido estudiados por la ciencia que con el auxilio de los mismos instrumentos ha descubierto su unidad de estructura, y sin pronunciarse definitivamente, supone que como nuestro mundo están habitados por vivientes. Me agradaría que esta suposición se convirtiera en certeza para dar la

razón a las intuiciones de la Iglesia, que nada ha dicho contra la posibilidad de que los astros estén habitados.²⁹

Varias son las obras que tratan extensamente de la conciliación del dogma de la Redención con la hipótesis de la pluralidad de los mundos habitados. Sólo podemos añadir una palabra. El insigne Moigno ha declarado últimamente que tuvo encargo de la Congregación del Índice de declarar formalmente a M. Flammarión, que la Encarnación y la Redención no son un obstáculo para la existencia de otros mundos habitados.

Después de este testimonio el asunto puede darse por terminado: la tesis de la pluralidad de los mundos habitados no está en oposición con el dogma católico ni con las Sagradas Escrituras. Si esto desagradaba a los racionalistas, no hemos de ser nosotros más exigentes, en materia de ortodoxia, en este asunto que los autores citados y la Sagrada Congregación del Índice.

DR. MARCO DE COLOMER.

LOS GRABADOS

CONFERENCIAS DEL RDO. P. MONSABRÉ EN NUESTRA SEÑORA DE PARÍS DURANTE LA PRESENTE CUARESMA.

Las Conferencias de Nuestra Señora, han adquirido por su novedad y sus ilustres oradores, universal resonancia en todo el mundo cristiano. Ocupada sucesivamente aquella Catedral sagrada por los PP. Lacordaire, Ravignan, Félix y Monsabré, ha llegado a tomar un carácter de solemnidad, que sus predicadores, en el mero hecho de ocuparla se hacen escuchar de todos los hombres pensadores y llevan su palabra hasta los últimos extremos del mundo civilizado.

Por más de catorce años la vino ocupando el ilustre Padre Félix, que en sus Conferencias cuaresmales desarrolló, con maravillosa elocuencia, el tema interesantísimo de *El Progreso por el Cristianismo*. Terminada esta serie de conferencias que han llegado a hacerse populares, subió a ocupar la misma Cátedra el dominico P. Monsabré, hombre de no menos talento y elocuencia, dedicado especialmente a los estudios teológicos.

En seis años, ha expuesto, durante las Conferencias de Cuaresma, el dogma cristiano, llenando de luz con su docta palabra, a los entendimientos más ofuscados que han tenido la dicha de escucharle ó de leerle, y elevando con sus sermones un verdadero monumento a la Ciencia católica. Este año ha comenzado a exponer la naturaleza de los Sacramentos, su origen divino y sus frutos inefables, proponiéndose, según ha anunciado, continuar en los años sucesivos sus conferencias sobre la práctica del cristianismo, asunto importantísimo en estos tiempos de universal relajación de costumbres, en que el mundo parece volver a los peores días del paganismo.

Las Conferencias de Nuestra Señora de París se dan sólo para hombres y terminan con una Comunión general, que es como la cosecha de la Divina palabra, sembrada en las almas por la palabra de los predicadores del Señor. Este año, como en los anteriores, la concurrencia es tan grande, que es preciso ir al templo cuatro horas antes de la conferencia para poder ocupar un sitio regular. Las conversiones son numerosas, porque nada hay más fecundo que la Divina palabra.

La predicación convirtió al mundo, y la predicación debe regenerarlo.

EXCMO. É ILMO. FR. CEFERINO CONZÁLEZ, ELECTO ARZOBISPO DE SEVILLA

De una fotografía en hábito dominicano.

Aunque ya publicó LA ILUSTRACIÓN el retrato de este ilustre Prelado, fué en el primer tomo de la primera época y dejaba bastante que desear. Hoy lo insertamos con motivo de la promoción del P. Ceferino a la silla metropolitana de Sevilla, y lo publicamos en el traje de la Orden, porque, sea cualquiera su dignidad, siempre será el eminente expositor de Santo Tomás entre nosotros y fuera de España *El Padre Ceferino*.

Como no es posible hacer aquí una biografía, consignada ya en el primer tomo de la Revista, extractaremos aquí los datos principales. Nació el 28 de Enero de 1831 en Villoria, concejo de Laviana, provincia de Oviedo. Ingresó en el colegio de dominicos de Ocaña en 1844. Antes de terminar sus estudios salió para Filipinas, donde permaneció hasta el año de 1865 en que regresó por enfermedad. Residió algunos años en Madrid, hasta que en 1875 fué preconizado Obispo de Córdoba. Ahora acaba de ser presentado para la metropolitana de Sevilla.

Sus principales obras son: *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, tres volúmenes, impresos en Manila. *Philosophía elemental*, tres tomos; empezada en Filipinas y terminada en la Península. *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*. Un volumen, impreso en Madrid. *Historia de la filosofía*, tres tomos, escrita ya siendo Obispo de Córdoba. Además ha publicado varios artículos en Revistas científicas y magníficas pastorales en el ejercicio de su prelación.

EL MERCADO DE BILBAO

Dibujo de V. Becquer.

El dibujo de tan inolvidable artista es una escena viva de costumbres nacionales. Las figuras se mueven, todas parecen retratos; verla es asistir a su realidad, que a tanto llega el poder del arte.

Aunque esta escena no desaparecerá tan pronto como la que sigue, también va perdiendo carácter, porque cambian los lugares, los trajes y las costumbres.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, panteón de la España que se va, debe recoger también estos cuadros, que no verán los hijos del siglo que viene.

UNA ESCUELA RURAL EN EL PÓRTICO DE UNA IGLESIA

A pesar de los estragos que ha causado la vida moderna en la sociedad cristiana, todavía quedan vestigios de lo que fué la sociedad bajo la égida de la Iglesia, madre de la civilización europea.

Véase representada en el grabado una escena muy frecuente en nuestras antiguas aldeas, y que fué general en los pasados siglos. La escuela se halla situada en el pórtico ó atrio del templo, es decir, a la sombra del altar y bajo la enseña de la Cruz. Esto recuerda como empezó la cultura europea, después de los tiempos bárbaros. La Iglesia abrió sus atrios a la enseñanza, la cual fué en un principio dada exclusivamente por el clero y luego vino a los seglares, pero siempre bajo la inspección y protección directa de los ministros del Señor.

En esos atrios se formaron aquellas generaciones cultas que dieron tantos sabios a los antiguos monasterios y a las celeberrimas universidades, tantos capitanes ilustres a las milicias españolas, tantos artistas a la patria y tantos santos al cielo.

Y claro está que la enseñanza dada en el atrio del templo tenía que ser profundamente religiosa, porque los niños aprendían a leer al mismo tiempo que a orar, y se instruían a la vez que se moralizaban, a la sombra protectora de la Iglesia.

La revolución ha ido sacando la enseñanza de sus antiguos manantiales, y los frutos de la emancipación nos los muestran tantos ignorantes como hoy deshonran a la sociedad y tantas sociedades *cultas* como van destruyendo la verdadera.

A buen seguro que no se han educado en el atrio de ninguna iglesia los discípulos de *La Mano negra*.

EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

(Continuación.)

—Estoy arrodillado en este confesonario, os he pedido que me bendigáis, he recitado el *Confiteor* que me ha enseñado mi madre; ahora todo lo que diré, sea lo que sea, quedará bajo el sello de la confesión. No veo al hombre. Fritz-Roy, hijo de Jacobo y de Ana, no me conoce a mí, a Hugo el usurero, el borracho, el salteador de caminos, el parroquiano de las tabernas. Soy un penitente, nada más que un penitente, y los fuegos de la eternidad os devorarán si hacéis traición al secreto que voy a confiaros.

El acento de este hombre llegaba a la amenaza. El sacerdote estrechó contra sus labios el crucifijo que llevaba en el pecho, y con las manos cruzadas esperó. Sin explicarse por qué, presentía algo horrible.

El hombre bajó las manos que cubrían su rostro, y acercando su boca a la reja del confesonario, pronunció estas palabras, ó más bien las silbó como una vibora:

—Soy el asesino de Dunstán.

Un grito espantoso, grito que no se parecía a ningún grito que sale del pecho humano, se escapó del pecho del cura de aldea. Se levantó de su banco con las manos crispadas; se dió con la frente contra el confesonario, y se quedó en pie, tambaleándose como espantado. El asesino de su hermano estaba ahí, ahí, solo con él, en esta iglesia desierta. Hugo era un sér endeble, y el sacerdote, robusto, lo hubiera echado abajo con un gesto, y podía arrastrarlo hasta los pies del juez... No temía distraer las sospechas; el asesino confesaba... El miserable confesaba haber derramado la sangre de Dunstán, este hermano querido enterrado aquella mañana, y sobre cuyo sepulcro lloraba aún Margarita, su prometida.

Verdaderamente, ¿no tenía Fritz-Roy derecho de denunciar al homicida? Dios, prescribiendo este secreto inviolable, ¿había previsto una situación tan dolorosa?

Jamás se había encontrado un sacerdote en la alternativa del pastor irlandés.

La sangre de Dunstán manchaba aún su sotana. Hugo ¿no hacía alarde de una impudencia inaudita viniendo a desafiar al sacerdote en el confesonario? El monstruo que ha fracturado el cráneo de Dunstán, ¿no puede temerse una venganza legítima? Entregar un asesino a la justicia es un acto que la civilización antigua hacía obligatorio.

Allí, estaba allí Hugo, el miserable, y tal vez tenga aún atado en el puño el instrumento que le ha servido para matar a Dunstán. ¡Oh, cómo gritaba la sangre del hermano en el oído del sacerdote!

Oía murmullos sordos en sus oídos, su cerebro

palpitaba, se suspendían los latidos de su corazón, después se precipitaban con fuerza inaudita. Dentro de sí estaba negro, y negro alrededor suyo...

De repente, como si un soplo puro lo hubiera reanimado, la lámpara brilló con un fulgor más vivo, y esta luz fué como un rayo de lo alto que penetró en el alma del pobre sacerdote. Sus manos soltaron el confesonario y cayó en el banco.

Se hubiese dicho que el condenado era Fritz-Roy. En cuanto al hombre arrodillado del otro lado de la reja, había vuelto muy pronto a su actitud, mezcla de desdén y de confianza.

—No he dicho todo —replicó él.

—Acabad —murmuró el sacerdote con voz apagada.

—No se sospecha de mí —prosiguió Hugo — y la confesión que os hago, en lugar de acusarme es una defensa para el porvenir. Hubiérais podido dar vuestra opinión sobre mí, y darla desfavorable, si por casualidad los jueces, pasando revista de los hombres capaces de haber cometido esa mala acción, de improviso me hubiesen nombrado. Soy uno de los vagos del país, y la estima de los demás no es lo que me enorgullece; ahora, no solamente no podéis acusarme, pero os veis casi forzado a defenderme. No podéis permitiros tocante a mí ni una palabra, ni aun un silencio. El secreto de la confesión me protegí contra la ley.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —preguntó el sacerdote — ¿por qué lo habéis matado?

—Por qué he matado a Dunstán nadie lo sabe, ni aun aquella por la que he cometido el crimen.

—¡Aquella... por la que habéis cometido el crimen!...

—Vuestro hermano se iba a casar con Margarita.

—¡Pobre niña! —dijo el sacerdote, que le parecía oír uno de los sordos gemidos de la joven.

—Y bien; yo no quería que se efectuase ese casamiento.

—¿Por qué, Hugo Peacock, por qué?

—Porque yo también amaba a Margarita.

—¿Vos?

—Sí, yo... ¿esto os asombra? Y sin embargo, los osos, los tigres tienen hembras é hijos en sus guaridas. Yo quería una mujer, una mujer é hijos. Elegir a Margarita era absurdo, y tal vez esta dificultad era la que me tentaba... no solamente esto, sino que Margarita es bonita como una flor, y yo la amaba... ¿Qué me importa que mi amor no se parezca al de los demás? Margarita me agradaba; hé aquí todo. La vieja Isabel no es rica, y nadie en el pueblo conoce el fondo de mi bolsa. El gran obstáculo era vuestro hermano.

No me importaba que Margarita estuviera preñada de él; estas jóvenes son avena loca; pero no podía soportar la idea que fuese su mujer, é impedirlo mientras que Dunstán viviese, sabía era imposible. Dunstán me estorbaba... lo expíaba y lo seguí... Todas las noches iba a casa de Margarita. Tuve una tentación... primero la rechacé. Pensé, si me diese su palabra; pero me dije en seguida que no la cumpliría, y volvía a mi idea de matarlo.

Todas las noches lo esperaba, y en el momento de ir a herirlo, no sé qué me detenía el brazo. En fin, anteayer lo seguí como siempre; le dirigí la palabra. Temblaba un poco. Si hubiera cedido, no lo hubiera matado; pero a la primera indicación que le hice respondió:

—¡Renunciar a Margarita! Preferiría morir.

—¡Muere, pues! le dije. Lo enlacé rápidamente con mi brazo, lo eché al suelo, y en el suelo fué donde lo herí. Pudiera haber renunciado a Margarita.

—No repetáis aquí, profanándolo, el nombre de la prometida que habéis hecho viuda. Hugo, respondedme como lo haríais a Dios: ¿Os arrepentís de vuestro crimen?

—No, tocante a Margarita —respondió el miserable.

—¿No queréis el perdón del Señor?

—No quiero más que el secreto.

—Lo tenéis, Hugo Peacock, sobre mi eterna salvación; pero, en nombre de la sangre del Calvario, os ruego, Dios mío, que ablandéis este alma.

Hugo hizo un movimiento para levantarse.

—Peacock, el hermano de Dunstán no os pide nada por la sangre derramada. El sacerdote os conjura que os arrepintáis.

—¡Ah, estad tranquilo, señor cura! —respondió el miserable. — Me volveréis a ver de aquí en adelante a menudo.

Y salió.

VI

CARGA DEMASIADO PESADA

El sacerdote estaba solo hacía ya mucho tiempo; reinaba un silencio absoluto en la pobre iglesia del pueblo. Sin que pudiese decir cómo, había hecho el

trayecto del confesonario al altar: Fritz-Roy, volviendo en sí, se encontró prosternado, con los brazos extendidos hacia el tabernáculo. Pasó más de tres horas en una especie de agonía. No podía explicarse lo que pasaba por él. Al entrar en la iglesia no era más que sacerdote; de allí salía apóstol. La caridad que enseñaba, y de la cual su corazón contenía los sentimientos más puros, tomó las proporciones de un horno. Los lazos que lo apegaban a la tierra, los más sagrados, los más lentos en romperse, se desataban. Si se le hubiese puesto en una hoguera para consumir la humanidad en él, no hubiese estado más anonadado el hombre viejo. Depositado en el sepulcro con Cristo, iba a resucitar glorioso. El sudor de sangre en el Huerto caía aún de su frente y de sus miembros. Lejos de debilitarlo, lo fortificó.

El combate supremo que acababa de sostener había hecho de él uno de los Fuertes del Señor. Desde esta hora no se mezclaría con aquellos que se arrojan al borde del torrente para beber con comodidad, aun de una ola amarga, sino se le contaría entre aquellos que, sin suspender su carrera, se desalteran cogiendo el agua en el hueco de sus manos. Estaba ungido con el óleo de los escogidos. El ángel no paralizaría el brazo de este luchador. Podía levantarse y marchar; estaba alimentado con pensamientos del cielo.

Este Hércules cristiano iba ahora a luchar con los monstruos en otra egida.

Para recompensar una victoria tan difícil, el Señor derramó en el alma del sacerdote uno de esos efluvios de la gracia que calman las torturas, apaciguan las fiebres.

El sacerdote abrazó el Calvario con un abrazo semejante al de Magdalena. Deseaba que se partiese su corazón. Gustó, sin embargo, un momento la plenitud del consuelo y del amor que explica la paciencia con la que los Santos soportan los años áridos. ¡Ay! ¿Nos comprenderán todos? ¿Han probado todos lo que sintió el sacerdote? Más o menos, según nuestra situación y nuestras fuerzas, hemos tenido nuestra hora terrible, durante la cual Satanás nos ha transportado a la montaña.

El Príncipe del mundo nos ha hablado a todos.

A los unos ha dicho:

— Sobre la tierra que dominan tus miradas hay pobres y opulentos; Lázaro está junto del palacio del rico. Se te habla de los tormentos que sufrirá durante la eternidad; pero estos tormentos te son desconocidos en su naturaleza, y la pequeñez de tu espíritu te impide el definir la enorme cifra que contiene esta palabra-número: ¡Eternidad! Al lado de este cálculo, para el cual Dios te rehúsa la inteligencia, te es posible calcular cuántos fastuosos festines dió este hombre, tan magníficamente dotado del lado de la fortuna que lo han llamado el Rico, con exclusión de todos los hombres fastuosos.

¿No ves desenvolverse sus pórticos de preciosos mármoles? ¿No cuentas las camas de sus convidados? ¿No miras desfilar la multitud de sus esclavos? Todos los bienes afluyen a su casa; las largas caravanas atraviesan el desierto para traerle riquezas nuevas. Se duerme en la voluptuosidad, y el deseo lo despierta. Los platos y las fuentes servidas en su mesa son del oro más puro; las estaciones cambian su orden sucesivo para darle flores y frutas. Sé rico, sé rico ante todo, en este siglo en que se necesita oro para comprar el crédito. ¿Qué importa el estorcolero en que encontrarás perlas, si logras venderlas? Piensa en tí primero, en seguida en tí, y siempre en tí. Ninguno agradecerá tus virtudes, y todos estarán dispuestos a publicar tus riquezas. La conciencia embaraza nuestros actos como un saco de arena sobre nuestra espalda haría pesada nuestra marcha. De las preocupaciones, haz de ellas el caso que se merecen. Cuando puedan servirte, haz uso de ellas; cuando te embaracen, échalas fuera. Ten oro, y te pertenece el mundo. No son los metales los que se cambian en oro en el alambique; la gran transformación ha quedado relegada a los sueños de la química de la Edad media.

Lo que se vuelve oro es la voluntad, el valor, la sed de ser rico ante todo y a pesar de todo.

A otro dice Satanás con voz orgullosa:

— ¿Qué necesidad tienes de los tesoros desdeñados por los hombres verdaderamente grandes? ¿Se acuerdan de los nombres de los fastuosos? ¿Has visto grabado nunca en el mármol de un sepulcro esta inscripción: Fué rico? Diógenes con su casaca; no aplasta el fausto de Platón, y los harapos de Homero no son inmortales? ¡Pobre, alzáte sobre el pedestal de tu pobreza!

No estás destinado a la caza del oro, sino a buscar la gloria. Escribe, pinta o esculpe, con tal que hagas una obra de genio. Pon todo tu poder en querer salir de la muchedumbre. Ahonda tu cerebro como una mina y haz salir la idea. Ten el orgullo que hizo que los ángeles se rebelasen. ¿Quién sabe si del

fondo del sombrío imperio no saborean los ásperezos de una lucha eternizada por la debilidad de los hombres? No vayas, sin embargo, muy lejos a buscar el asunto de tus libros, el modelo de tus estatuas, el colorido de tus cuadros.

Cuenta lo que oyes, copia lo que ves, cincela lo que te parece verdaderamente plástico, sin inquietarte si esta beldad es verdaderamente el puro ideal, y la hermosura suprema el poeta. ¡Guárdate de escribir poemas como Klopstock y Milton! Correrás el riesgo de morirte de hambre.

Teme modelar con arte una figura sosa, que ninguno de esos enriquecidos comprará para su galería, y que los tontos que viajan a través de los museos no comprenderían. Hoy la palabra gloria no tiene el mismo significado de duración que se le daba otras veces. Se tiene prisa de vivir, pero no importa el sobrevivir. De todas las siemprevivas de ultratumba, se haría de buena gana un ramo odorífero, para respirarlo durante su vida. Oírás repetir palabras sonoras: ¡Respeto de sí propio! ¡Nivel del arte! ¡Dignidad del genio! Encoge los hombros y deja correr tu mano en el papel; añade un color chillón a tu lienzo, y pule con el vidrio el contorno de tu estatua de mármol. Sírrete de la pluma como de un instrumento; el artesano es más grande que la sierra y el hacha con que se sirve para su armadura. Hazte célebre. No es necesario hoy día tomarse mucho trabajo para esto.

El arte es un poder; sé bastante hábil para reducirlo desde luego al estado de medio. Y si guardas las antiguas tradiciones; si quieres de todos modos la pobreza; si encuentras que la celebridad no puede pagarse demasiado, renuncia al dinero, eres libre de despreciarlo; pero acuérdate que hoy día es más difícil que nunca el hacerse célebre.

En fin, a los últimos se acerca Satanás al oído y les dice:

— ¿La gloria? ¿Un juguete! ¿El arte? ¿Una fuerza motriz o una negación! La una y el otro terminan en la posesión de un bien único: el placer. Se nos pueden arrebatar las riquezas, negarnos nuestra gloria; no nos pueden impedir el habernos reído en una reunión y haber sentido nuestro corazón alegre. Cuando nos rodean los elementos del placer, ¿quién nos agradece que los rechazamos? ¿Quién tiene en cuenta nuestro sacrificio? ¿Ha vuelto un alma de su indeterminada morada para decirte el resultado de sus victorias o el castigo de sus caídas? Los vinos son buenos, las flores frescas, y el corazón tiene primaveras que se renuevan. ¡Ama y cree, no como te lo dicen los Mandamientos, pero como te grita lo que hay en tí de envidioso, de irritable, de insaciable!

Muchos son los tentados; muchos caen.

En seguida que han hecho con Satanás el pacto que los liga, la mano del ángel del mal cesa de sostenerlos en el pináculo de la montaña; caen hacia el abismo que está a sus pies. Unos lentamente, otros de pronto.

Pero los que no han sido tentados, lo mismo que los que no han sufrido, ¿qué saben?

La virtud no probada en el sacrificio inspira desconfianza. Seguramente, éste es un pan duro y una agua amarga.

Un pensamiento que os persigue, una sombra que os sigue, una voz zumbando al oído; el aguijón en vos; alrededor vuestro el peligro renaciendo como las cabezas de la hidra... Esto era para dudar, para negar, si se estuviera solo; era para exclamar con este tentado del desierto:

— Señor, ¿dónde estáis en esta hora tan ruda?

Para oír que se respondía:

— ¡Hijo mío, no te he dejado!..

Esto es para tirar sin descanso del manto de Jesús, para decirle:

— ¡Señor, apresuráos, que perecemos!

No tuvieron respuesta; la misma sonrisa brilla en el semblante de Cristo; duerme durante la tempestad, y el ruido de las olas, los gemidos del viento le mecen como la brisa lo hace con una apacible hamaca. Sólo cuando la barca empieza a hacer agua, cuando empieza a irse a pique, cuando nuestros dedos encogidos apenas pueden sostenerse, extiende su mano y renace la calma. En el fondo de nuestro corazón tal vez le oigamos que nos dirige este reproche:

— ¿Por qué dudáis, hombres de poca fe?

Pero muy a menudo nos coge despedazados con la lucha, cubiertos del fango de las aguas sucias, asustados con nuestro medio naufragio; apoya nuestra cabeza sobre su pecho, y nos tiene ahí, mudos, abismados en él. ¡Ah! Sin duda ninguna, cuando el Salvador, en la última Cena, estrechaba de ese modo al que amaba entre todos, sabía que el más joven de los Apóstoles necesitaría doble fuerza que los demás.

¿No podría ser arrastrado por el ejemplo de Pedro, o huir cobardemente como los otros discípulos?

¿No necesitaba, durante la terrible noche que empezó en el Huerto para acabar en el Pretorio, que tuviese valor para confesar a su Maestro y para conducir a su Madre por las calles de Jerusalem? El, a quien el Salvador legaría más tarde esta Madre predestinada a las siete espadas de dolor, ¿no debía tomar fuerzas en el manantial mismo de la fuerza y del amor?

De este modo lo hizo el Señor con el cura irlandés. Se hubiera dicho que se acercaba a él, lo levantaba y lo atraía a su pecho.

Con la santa libertad del amor y los respetos de la adoración, Fritz-Roy, en su desolación, había abierto el tabernáculo; sus dos manos unidas atrajeron el copón, y su lenta y constante presión le comunicaba un poder sobrenatural.

La frente sobre el altar, el vaso sagrado entre sus dedos, abismado en su sufrimiento, representaba la agonía de Pablo Delaroche, en la cual la Divinidad muestra un resto de la fuerza del hombre.

Sonaron las dos de la madrugada.

El sacerdote volvió a colocar el vaso de oro en el tabernáculo; después, en pie en los escalones del altar, se volvió hacia el pórtico. La puerta la había dejado abierta Hugo, y una ráfaga luminosa caía sobre un sepulcro, poniéndole como una aureola a una cruz de madera negra.

— Gracias, Señor — dijo el sacerdote.

Dejó la iglesia, y esta vez se dirigió con paso firme a Bajas Tierras.

Se veía una tenue luz por las persianas.

La pobre Ana no se había decidido a acostarse antes que volviese su hijo.

— ¿Qué tarde vuelves — le dijo adelantándose hacia él.

— Un alma angustiada me necesitaba, madre mía.

— ¿La has consolado, hijo mío?

— Hay cosas que Dios se reserva, y ésta es de aquellas que es menester abandonarle... Pero puedes estar tranquila; me he acercado a Aquel que oye sin que se le hable, y que responde sin mover los labios. Ahora sí creo más que nunca que soy su servidor.

Después añadió, tomándole las manos a su madre:

— Se hubiera dicho que un esplendor del cielo jugueteaba sobre el sepulcro de Dunstán.

— ¡Dios te bendiga! — dijo Ana con voz conmovida y temblorosa. — Y ahora te toca a tí: bendíceme.

El sacerdote tocó con sus dedos esta frente venerable, y un momento después la luz de la gran sala estaba apagada.

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS UTILES

Condiciones higiénicas del vestido. — Vamos a resumir los últimos estudios sobre este punto, según el libro clásico de Uffelmann, publicado hace algunos meses, acerca de la higiene de los niños.

Dos funciones importantes desempeña el vestido con respecto al cuerpo: impide las pérdidas rápidas del calor interior y regulariza la corriente del aire de dentro a fuera y viceversa.

En cuanto a la pérdida de calor, la cual excede de $\frac{3}{4}$ del producido, y es más considerable aún en el niño que en el adulto, se verifica de tres modos: por radiación, por conducción y por la evaporación del agua: en todos tres influye el vestido, interrumpiendo la primera, disminuyendo la segunda, por tener que recorrer el calor mayor espacio, y aumentando, por el contrario un poco la tercera.

Las corrientes en el cuerpo se efectúan entre el aire caliente que lo rodea, y la atmósfera, por las células y poros del vestido: pero su efecto no puede apreciarse mientras su velocidad no llega a 0,5 por segundo.

La importancia de esta corriente es grande, porque aleja del cuerpo los gases nocivos y renueva constantemente el aire.

Las materias que ordinariamente se emplean en la confección del vestido difieren muy poco en cuanto a su poder para irradiar el calor, según prueban las delicadas observaciones de reputados científicos.

Suponiendo representada la de la lana por 100, la del algodón en 101, la del hilo 102, y la de seda, 102,5.

No así por lo que respecta a la absorción del calor solar, la cual varía mucho, si no en las telas, en sus colores, conforme a la siguiente proporción, hallada por Pettenkofer: tomando el blanco como tipo de comparación con un valor de 100, resulta el amarillo oscuro con 140: el verde claro, 155: el rojo turquí, 165: el verde oscuro, 186: el azul claro, 198: y el negro, 208. Sabido es que los vestidos blancos preservan de los rayos solares más que los azules y negros. En cuanto a la conductibilidad del calor, no influye tanto la clase de la tela como su

forma, ó más exactamente, el espacio limitado por ella, y su porosidad; la franela cruda conserva más el calor que la lavada y tupida: aquella lo conduce en proporción de 14 por 100; y ésta, de 29 por 100.

Otro tanto acontece con respecto á la circulación del aire, que es mayor en las telas de lana y franela que en las llamadas impermeables.

Según el autor últimamente citado, por una superficie de un centímetro de diámetro, con la presión de una columna de agua de 4,5 centímetros, circulan en un minuto 4,14 litros de aire en la tela de seda, 6,03 y 10,41 respectivamente en las de lino y franela: resultando que es mucho mayor la ventilación del cuerpo con ésta que con la de hilo, y nula en las telas mojadas, en cuyos poros hay agua y no aire.

Conviene, asimismo, tener en cuenta las cualidades higroscópicas de las materias de los vestidos, ó sea la cantidad de humedad que toman de la atmósfera y la mayor ó menor rapidez con que se secan, llevando en esto ventaja el hilo sobre la franela: así como también, su poder de absorción para los gases, que es mayor en las materias animales que en las vegetales, conservando aquellas más tiempo, como los colores oscuros y ásperos, el mal olor y la posibilidad de que sean causa de enfermedades su mala forma, impropio corte y colocación, oprimiendo alguna parte del cuerpo, ó las sustancias venenosas que puedan entrar en su fabricación, arsénico, anilina, plomo, etc., ú otras que sean propensas al contagio de enfermedades como la escarlatina, el sarampión, la difteria ó el cólera, etc.

Como importante conclusión de este capítulo, aplicable especialmente al vestido de los niños, debe recomendarse el empleo de hilo, franela, lana y algodón, por este orden de preferencia. — (*Revista Germánica*.)

Nuevo sistema de sonda.—Sabidos son los errores que al sondar la profundidad de un caudal de aguas produce el entorpecimiento de la cuerda que sostiene el aparato, así como el movimiento del buque donde esté el operador, que produciendo en la cuerda una posición oblicua, dá como valor de la profundidad una cantidad mayor que la real.

A evitar estos inconvenientes se presta el aparato inventado por un ingeniero ruso, con el cual se puede medir con bastante facilidad la profundidad del fondo del mar ó de un gran depósito de agua. Consta de un globo flotador, del cual pende un apa-

rato contador, y para que se sumerja en el líquido, se añade colgando un lastre suficiente para conseguirlo. Se suelta el aparato en el punto en que quiera determinarse la profundidad, y por efecto del peso del lastre se sumerge prontamente en el líquido, estando dispuesto el contador de modo que en el movimiento descendente va marcando la extensión del camino recorrido. Cuando llega al fondo, el pequeño choque que experimenta el aparato hace que el lastre se suelte del contador, al cual se hallaba unido por una pinza dispuesta para dicho resultado, y libre el aparato del lastre se remonta á la superficie del agua, donde puede ser recogido y leerse en el contador la profundidad que ha recorrido el aparato.

Máquina de vapor en miniatura.—El relojero americano Buch ha construido y hecho funcionar la máquina de vapor más pequeña, cuya construcción es un prodigio de paciencia y habilidad. La máquina con su caldera, regulador y bomba de alimentación, ocupa una superficie menor de tres centímetros cuadrados, y su altura, incluyendo la tablita á que está unida, no excede de 16 milímetros. Consta de ciento cuarenta piezas diversas, unidas entre sí por medio de cincuenta y dos tornillos. Tres gotas de agua llenan la caldera; el diámetro del émbolo es algo menor de un milímetro y medio, y su movimiento oscilatorio de tres milímetros, siendo el peso total de la máquina un gramo.

El principal mérito de este modelo es la paciencia con que ha sido ejecutado.

Coloraciones del ágata.—El ágata es una piedra de adorno muy usada en el grabado de camafeos, dijes y objetos de lujo, por los vistosos tintes y coloraciones que presenta. Para avivar estas vetas coloreadas se usa el siguiente procedimiento. Se sumerge el ágata en una solución de agua y miel, y aunque la piedra es muy compacta, sin embargo penetra en su interior la solución azucarada, principalmente por las partes en que la piedra es más porosa. Cuando se ha embebido suficientemente, se introduce el ágata en ácido sulfúrico, que penetrando en ella produce la combustión del azúcar que se había filtrado en el interior, y con este efecto se aumenta extraordinariamente la entonación del color de la piedra, dándole mayor hermosura y variedad en los tintes.

Dorado de la madera.—Se aplican primero con un pincel dos ó tres capas de una disolución de cola, con objeto de tapar los poros de la madera; después se le da con la composición empleada por los doradores, con el fin de alisar bien la superficie, y por fin se procede al dorado propiamente dicho, del modo siguiente:

Se prepara un líquido formado de cola disuelta en agua, que contenga polvo de oro en suspensión, en las proporciones que siguen:

Oro.....	1 gramo.
Cola.....	2 —
Agua.....	8 —

Se calienta nuevamente el líquido, para que la cola se disuelva bien en el agua, y se agita para que el polvo de oro esté en suspensión, y se aplica sobre la madera con un pincel. Se dan las capas necesarias, y por fin, después de seco, se bruñen las partes que han de quedar brillantes.

Sistema de Hatzfeld para la conservación de maderas.—Los sistemas más usuales de preparar la madera para su conservación, son principalmente la inyección de una disolución de sulfato de cobre ó de creosota.

El sulfato de cobre tiene preferente uso para los postes telegráficos, pero la duración de las piezas no suele ser mayor de siete años, y en algunos casos es preciso reponer postes que sólo cuentan tres ó cuatro años de servicio. La solubilidad de esta sal facilita que se vaya eliminando de la madera por disolución en las aguas del terreno, además de que en los terrenos calizos el sulfato se descompone bajo la acción del carbonato de cal, y perdiendo su constitución preliminar quedan en el terreno yeso y cobre y se desprende ácido carbónico.

La creosota se hace penetrar en la madera por inyección en vasos cerrados sometidos á un calor de 50 ó 60°, á fin de aumentar su fluidez y facilitar la completa penetración en los tejidos leñosos. Pero esta sustancia tiene la desventaja de ser muy inflamable, lo cual hace peligroso su empleo, y además, las maderas que han sufrido esta preparación despiden un olor desagradable, y como la creosota es muy cara, resulta la operación costosa.

El sistema de Hatzfeld, de Nancy, se funda en las propiedades antisépticas del tanato de peróxido de hierro, sal insoluble y que reúne perfectas cualidades para la conservación de la madera.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la
boca, suprime
instantáneamente
y para
siempre los

DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Estracción.—El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna sustancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura.—La *Opiata anaranjada de Suez*, asegura su blancura sin ningún peligro.—El *Vinagrillo lácteo de Suez*, para el tocador, destruye la causa principal del *Cáncer* en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmaltarse y caerse.—Dirigirse á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. MADRID: R. I. Chavarrri almacén de drogas, Atocha, 81.—J. M. Moreno, bouca de la Reina Madre, Mayor, 93.—Manuel R. Hernandez, farmacéutico, Mayor, 27 y 29.—Frera, perfumería, Carmen, 1.—Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

COMPañÍA COLONIAL
Roma 1863



MEDALLA DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles.	Ciriales.	Diademas.	Navetas.
Candeleros.	Coronas.	Incensarios.	Sacras.
Campanillas.	Cruces.	Lámparas.	Vinageras.

Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel Garcia, Atocha, 45 y 47, Madrid.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

OFICINAS, CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚMERO 27, PRINCIPAL

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, núm. 4

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los ANOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístolas y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial Sres. Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

AGUA MINERO-MEDICINAL DE LA MARAVILLA

Premiada en la exposición de Burdeos con la gran medalla de oro

Acción tónica.—Alcalina.—Sedante.—Resolutiva.

Esta agua tiene, como ninguna otra, una acción especialísima.—En todas las formas del reumatismo visceral (males internos); en las erupciones de la piel, reumáticas y herpéticas; en la litiasis úrica (arenillas en la orina); en la gota y diátesis reumáticas; siendo por consecuencia, de uso indispensable como agua de mesa, bien sea sola ó mezclada con vino; en las dispepsias ó digestiones difíciles, acompañadas de vómitos pertinaces, rescoladeras y acidez; en los catarrros crónicos de la laringe y de los bronquios; en las esoforofosias tórpidas; en los infartos viscerales, ya sean del pulmón, del hígado y del bazo ó de la matriz; en las menstruaciones dolorosas, tardías y en los flujos blancos; en los estreñimientos habituales y pertinaces, sin producir molestias ni dejar irritaciones; en las neurosis (males de nervios), dolores nerviosos y jaquecas.

Se expende en las farmacias en botellas de un litro.
Depósito central: GORGUERA, CINCO, MADRID

COSTUMBRES POPULARES.



UNA ESCUELA RURAL EN EL PÓRTICO DE UNA IGLESIA.

Como este cuerpo es sólido, debe naturalmente verificarse la inyección de un modo indirecto. Para ello se inyecta una disolución de tanato de protóxido de hierro, sal soluble, y que en contacto con el aire se sobreoxida, convirtiéndose en tanato de peróxido; y como esta circunstancia obligaría á verificar la operación con suma rapidez, para que fuese inyectado el líquido antes de su oxidación, se inyecta la madera con una solución de tanino y después de una de protóxido de hierro, para lo cual suele recurrirse al pirolignito, que reúne á la vez la venta-

ja de ser barato y no alterar la fibra de la madera. La inyección se efectúa en vasos cerrados, análogos á los empleados para la creosota, de modo que el procedimiento es parecido, pero el coste mucho menor.

Este sistema es muy empleado para la preparación de maderas destinadas á la construcción de plataformas de caminos de hierro, traviesas de vías férreas, vagones, apeos para minas y otras diversas piezas de madera.

Nuevas sustancias explosivas.—Dos materias explosivas acaban de inventarse, la *picromona* y la *asfalina*, que acaso sustituirán á la dinamita. La primera, es decir, la picromona, ha producido la muerte á su inventor M. Vivaise, en un ensayo hecho en Morten; de modo que, desde el punto de vista de la explosión, no es preferible á la dinamita. En cuanto á la asfalina, tiene un aspecto de copos pequeños y es delicuescente, con la ventaja sobre la dinamita de un precio mucho menor.

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO
DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL
PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo *treinta y seis grandes columnas de texto*, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.